CARTAS

DE M. J.N B.TA SAY

Á

M. MALTHUS

SOBRE VARIOS PUNTOS

DE ECONOMÍA POLÍTICA,

TRADUCIDAS DEL FRANCES

AL CASTELLANO.

MADRID:

Imprenta del Censor, Carrera de San Francisco.

1820.

PRÓLOGO

DEL TRADUCTOR.

Por copiosa y rica que sea una coleccion de hechos particulares y de nociones útiles sobre cualquier materia, si la faltan principios generales para formar un buen sistema, y adaptarla á la enseñanza y á la aplicacion de los usos de la vida, no merecerá jamas el nombre de ciencia. Por esta causa la doctrina sobre la formacion, distribucion y consumo de las riquezas, siendo utilísima y social en eminente grado, no habia principiado á llamarse propiamente *ciencia de la economía política*, hasta despues que Adam Smith la redujo á un sistema exacto, fijando sus principios generales, y demostrando que eran de segura aplicacion para explicar los hechos ó fenómenos particulares que se hallaban esparcidos por los escritos de los primeros economistas. *Las Investigaciones* de M. Smith *sobre la riqueza de las naciones* son sin disputa la primera obra que ha reducido á ciencia

la economía política, y segun M. Say, la ha sacado de la esfera de los sueños agradables. Un corto número de escritores muy distinguidos, como M. *Ricardo* y M. *Malthus* en Inglaterra, M. *Say* y M. de *Sismondi* en Francia, la han dado luego en pocos años á esta ciencia un impulso tan grande, que apenas queda ya un hecho particular que no se explique por sus principios fundamentales, casi con aquella misma seguridad y certeza que encuentra el entendimiento humano en la explicacion de las ciencias matemáticas, que tienen por objeto la figura ó la cantidad de los cuerpos. Sin embargo, todavía estos mismos escritores célebres no estan de acuerdo sobre la resolucion de diferentes problemas, y lo que parece increible definen de diversos modos la *riqueza* y el *trabajo productivo*; difieren en la explicacion de la naturaleza y medida del valor; en la de la naturaleza y extension de los principios de la cantidad pedida y de la cantidad ofrecida; en la del origen y progresos del arriendo; en la determinacion de las causas que fijan el precio de los *salarios* y los *beneficios* ó intereses del *capital*; en la enumeracion de las causas prácticas que ciñen y retardan el pro-

greso de las riquezas; en el modo de nivelar el valor de los metales preciosos en cada pays; en establecer los principios del *impuesto*, etc.; de tal manera que sobre todos estos puntos, y otros muchos pertenecientes á la jurisdiccion de la economía política, sorprende y choca el diverso modo de ver de los descubridores de esta nueva ciencia, dejando el espíritu indeciso entre opiniones distintas que parecen dignas de consideracion. M. *Malthus* que ha adquirido en casi toda la Europa muy justa celebridad por su excelente *Tratado de la poblacion*, acaba de publicar unos nuevos *Principios de economía política, considerados con respecto á su aplicacion práctica*, en que se ha propuesto reformar, como lo hace las mas veces con buen tino, algunos descuidos de su muy recomendable compatriota M. *Ricardo*; pero al mismo tiempo cae en otros no menos graves, que han dado motivo á las presentes cartas familiares de M. *Say*. En la citada obra, aunque ingeniosa y llena de ideas útiles, M. *Malthus* hace algunas aserciones, no solo contrarias á todos los hechos, y faltas de apoyo en un raciocinio sólido, sino que tambien siendo adoptadas en virtud de su res-

petable autoridad, harian retroceder la ciencia económica lejos de adelantarla: principalmente cuando ha querido tratar de las calamidades que afligen á su patria la Inglaterra. No habiendo parado su atencion sino en causas secundarias, no es extraño que sean insuficientes, por no decir frívolos, todos los medios que ha indicado para sacarla de un estado tan inaudito de apuro y de estrechez. Con efecto causa asombro el ver que la Gran-Bretaña, despues de una série constante de sucesos de todas clases, y pudiendo lisongearse de que posee por sí sola mas capitales y mas industria que muchas naciones principales de Europa reunidas, no encuentre medio alguno de emplear y mantener una poblacion de once millones de habitantes. M. *Malthus* no ha podido explicar el mal, y mucho menos hallar el remedio que atajara el estrago que está causando á su pays un simple estancamiento del comercio exterior é interior, ocasionado por la paz de seis años á esta parte. M. *Say*, en sus *Cartas familiares* descubre la verdadera causa de tanta calamidad, é indica el remedio oportuno y verdadero, aunque ciertamente no sea este del agrado del ministerio actual

de Inglaterra, ni recomiende mucho el sistema que sigue hace tanto tiempo, no obstante el logro de sus proyectos de dominacion política y comercial. Otras muchas cuestiones de esta especie se hallaban ya ilustradas y resueltas en el *Tratado de la economía política* de M. *Say*, *que* es tal vez, despues de M. *Smith*, el profesor que mas ha contribuido á los adelantamientos de la ciencia; pero por desgracia su obra, á pesar de la justa celebridad del autor, de haberse hecho ya cuatro ediciones copiosas de ella, y de hallarse traducida á todas las lenguas cultas de Europa, no se ha estudiado ni comprendido bastante todavía, para resolver las dudas que encontramos leyendo los escritos de los profesores mas antiguos ó contemporáneos. Esta falta es la que ha necesitado la publicacion de las *Cartas*, en que M. *Say* no hace mas que aplicar los principios sentados en su *Tratado*, para la completa solucion de las dificultades presentadas por M. *Malthus*, ó la demostracion de sus errores; de modo que aquellas no son sino una ilustracion de los puntos menos claros de la misma obra, y por esta razon de suma importancia para todos los que quieran estudiar

por ella los elementos de la ciencia económica.

Las *Cartas* de M. *Say* son un modelo de urbanidad: jamas olvida su autor el distinguido mérito de la persona á quien critica ó corrige, y jamas se envanece de la facilidad con que obtiene un triunfo completo, sin mas trabajo que el de explicarse á sí mismo. Nosotros hemos hecho una traducion literal y sencilla, evitando que se nos puedan tachar los galicismos y voces impropias con que afean la lengua castellana los traductores modernos de *pane lucrando*; pero no pretendemos competir con la elegancia y claridad de estilo que percibimos en el original. Lo que importa es hacer un estudio profundo de los principios de M. *Say*, por el original ó por la version, para aplicarlos con el debido acierto.

CARTAS

A M. MALTHUS,

SOBRE VARIOS PUNTOS

DE ECONOMÍA POLÍTICA.

CARTA PRIMERA.

Muy señor mio: cuantos cultiven el estudio de esta hermosa y nueva ciencia de la economía política, querrán leer la obra con que usted la acaba de enriquecer. No es usted del número de aquellos autores que dirigen la palabra al público sin tener nada que decirle; y cuando se junta con la celebridad del escritor la importancia de la materia, cuando para los hombres constituidos en sociedad de nada menos se trata que de saber donde están sus medios de existir y de gozar, claro es que debe duplicarse la curiosidad de los lectores.

No me propondré en esta carta juntar

mi voto con el general del público para dar á conocer todo cuanto hay de sobresaliente por el ingenio y la exactitud en su libro de usted: la empresa seria larga. Tampoco querré entrar en discusion con usted sobre algunos puntos á que me parece ha dado mas importancia de la que merecen; no pienso fastidiar al público ni á usted con pesadas controversias. Pero, aunque con dolor, digo que en la doctrina de usted se encuentran algunos principios fundamentales, los cuales, si se admitieran en virtud de una autoridad de tanto peso como la suya, podrian atrasar una ciencia á cuyos progresos es usted tan digno de concurrir por su talento y por sus vastos conocimientos.

Desde luego fija mi atencion, por estar á ello unidos todos los intereses de presente, el saber de donde procede ese embarazo general de todos los mercados del universo, á donde contínuamente se llevan mercaderías que se venden con pérdida. ¿De dónde procede que en lo interior de cada estado, siendo comun á todos la necesidad de una accion apta para todos los descubrimientos de la industria; de donde procede, digo, esa dificultad universal que se esperimenta en hallar ocupaciones lucrativas? Y una vez

conocida la causa de esta enfermedad crónica, ¿qué medio habrá para cortarla enteramente? Cuestiones son estas de que dependen la quietud y la felicidad de las naciones, y por lo mismo no he podido creer indigna de la atencion de usted y de la del público ilustrado, una discusion que se dirige á aclararlas.

Despues de Adam Smith todos cuantos han tratado de economía política, convienen en que realmente no compramos los objetos de nuestro consumo con el numerario, con el agente de la circulacion, por medio del cual los pagamos: es preciso que antes hayamos pagado este numerario mismo por la venta de nuestros productos. Para un asentista de minas, el dinero es un producto con el cual compra lo que necesita; mas para todos aquellos por cuyas manos pasa despues este dinero, no es sino el precio de los productos qué ellos mismos han creado, valiéndose de sus tierras, de sus capitales ó de su industria. Vendiéndolos cambian al principio sus productos por dinero, y despues cambian este dinero por objetos de consumo. Es evidente pues que con sus productos hacen sus compras; les es imposible pues comprar el objeto que se quie-

ra por un valor mas considerable que aquel que han producido, sea por sí mismos, ó sea por medio de sus capitales y de sus tierras.

De estas premisas habia sacado yo una conclusion que me parece palpable, pero cuyas consecuencias parece que han espantado á usted. Decia yo: puesto que cada uno de nosotros no puede comprar los productos de los demas si no con sus productos propios; puesto que el valor con que podemos comprar, es igual al valor que podemos producir, tanto mas comprarán los hombres cuanto mas produgeren. De aqui sale la otra conclusion que usted se resiste á admitir, y es, que si ciertas mercaderías no se venden, es porque otras no se producen; y que la produccion sola es la que prepara salidas á los productos.

Bien sé que esta proposicion tiene un aire paradógico que no previene á su favor, y sé tambien que pudiera uno encontrar mucho mayor apoyo en las preocupaciones vulgares, sosteniendo que no hay demasía de productos, sino porque todo el mundo se emplea en darlos; que en vez de producir siempre, deberian multiplicarse siempre los consumos estériles, y consumirse los capitales antiguos, en vez de acumularles

otros nuevos. Con efecto, esta doctrina tiene las apariencias á su favor; puede apoyarse en raciocinios, y puede dar á los hechos una interpretacion ventajosa en la apariencia. Pero, amigo mio, cuando Copérnico y Galileo enseñaron por la primera vez que el sol, aunque le veamos todas las mañanas levantarse por el oriente, subir magestuosamente por encima de nuestras cabezas al medio-dia, y precipitarse por la tarde hácia el occidente, no se menea con todo eso de su lugar, tenian tambien contra sí la preocupacion universal, la opinion de los antiguos y el testimonio de los sentidos; mas ¿debieron por eso renunciar á las demostraciones sacadas de una sana física? Yo creyera injuriar á usted si dudara de su respuesta.

Ademas, cuando siento que los productos abren una salida á los productos; que los medios de la industria, sean los que fueren, abandonados á sí mismos, se dirigen siempre á los objetos que mas necesitan las naciones, y que estos objetos necesarios crean á la par poblaciones nuevas y goces nuevos para estas mismas poblaciones, las apariencias no están todas contra mí. Trasportémonos solamente á 200 años atrás, y

supongamos que un negociante hubiera llevado al lugar en que ahora están levantadas las ciudades de Nueva-Yorck y Filadelfia un cargamento rico: ¿lo hubiera vendido? Supongamos que dejando de ser víctima de los naturales, hubiese llegado á fundar allí un establecimiento de agricultura ó de cualquier artefacto: ¿hubiera vendido acaso uno solo de sus productos? No hay duda en que no. Él mismo hubiera tenido que consumirlos todos. ¿Y por qué hoy vemos todo lo contrario? ¿por qué cuando se lleva ó se fabrica una mercadería para Filadelfia ó para Nueva-Yorck está uno seguro de venderla al precio corriente? Me parece cierto, que es porque los cultivadores, los negociantes y aun en el dia los fabricantes de Nueva-Yorck, de Filadelfia y de las provincias circunvecinas hacen nacer allí, hacen llegar allí productos por medio de los cuales adquieren los que se les ofrecen de otras partes.

Lo que es cierto respecto á un estado nuevo, nos dirán, no lo es respecto á un estado antiguo. En América habia lugar para productores nuevos y consumidores nuevos; pero en un pais donde haya mayor número de productores del que es menester, los consumidores solos son necesarios. Per-

mítaseme responder, que los únicos consumidores verdaderos son aquellos que por su parte producen, porque ellos solos pueden comprar los productos de los demas; y que los consumidores estériles no pueden comprar nada, sino es sirviéndose de los valores creados por los productores.

Es probable que desde el tiempo de la reyna Isabel, en que no tenia la Inglaterra una mitad de su poblacion actual, se pensaba ya que tenia mayor número de brazos que cantidad correspondiente de obra; y no quiero otra prueba de esto mas que aquella misma ley promulgada entonces á favor de los pobres, y cuyas consecuencias son todavía una calamidad para la Inglaterra. Su objeto principal era proporcionar trabajo á los necesitados que no hallaran en qué emplearse. ¡No se hallaba ocupacion en un pais que ha podido proporcionársela despues á una cantidad de obreros duplicada ó triplicada! De donde nace, amigo mio, que por mas apurada que quiera suponerse la situacion de la Gran Bretaña, ¿de dónde nace el que ahora mismo se venden allí muchos mas objetos diferentes que en el tiempo de Isabel? ¿De qué puede dimanar esto, sino es de que allí se produce mas? El uno produce

una cosa, que trueca por otra que ha producido su vecino. Teniendo mas en qué ocuparse, se ha aumentado la poblacion; y no obstante eso todo el mundo se ha hallado mejor provisto. La facultad de producir es la que forma la diferencia entre un pais y un desierto; y un pais está tanto mas adelantado, tanto mas poblado y tanto mejor proveido, cuanto mas produce.

Esta observacion que es tan óbvia no será verosimilmente recusada por usted; pero usted reprueba las consecuencias que yo saco de ella. He sentado que si hay un estancamiento, una superabundancia de varias clases de mercaderías, es porque no se producen otras en cantidad suficiente para poderlas trocar por las primeras. Que si sus productores pudieran hacer mas de las unas que de las otras, las primeras hallarian entonces la salida que les falta; en una palabra, que de ciertos géneros no hay demasía de productos, sino porque de otros no hay la cantidad suficiente; ý usted pretende que pueda haber una cantidad superabundante de todos los géneros á un mismo tiempo, y cita tambien algunos hechos en favor de su opinion. Ya antes Mr. de Sismondi se habia levantado contra mi doctri-

na; y tendré mucho gusto en trasladar aquí sus mas fuertes espresiones, á fin de no privar á usted de ninguna de sus ventajas y que mis respuestas puedan servir para los dos.

"La Europa, dice este ingenioso autor, ha llegado al punto de tener en todas sus regiones una industria y fabricaciones superiores á sus necesidades.... añade «que el embarazo que resulta de esto comienza á alcanzar á todas las demas partes de la tierra.... «que se recorran los informes del comercio, los papeles periódicos, las relaciones de los viageros; donde quiera se hallarán pruebas de superabundancia de produccion que excede al consumo, de esta fabricacion que se proporciona no con los pedidos, sino con los capitales que se quieren emplear, de esta actividad de los mercaderes que se les induce á venir á bandadas donde hay alguna nueva salida, y que les expone alternativamente á ruinosas pérdidas en cualquiera comercio de que se prometian ganancias. Hemos visto mercaderías de todas clases, pero principalmente las de Inglaterra, esta gran potencia fabricante, abundar en todos los mercados de la Italia con una proporcion tan superior á los pe-

didos, que los mercaderes, para reintegrarse de una parte de sus fondos, han tenido que cederlas con una cuarta ó una tercera parte de pérdida, en lugar de beneficio. El torrente del comercio, rechazado de la Italia, ha desembocado por la Alemania, por la Rusia, por el Brasil, y no ha tardado mucho en encontrar los mismos obstáculos.

»Los diarios últimos nos anuncian pérdidas semejantes en nuevos paises. Por el mes de agosto de 1818 se quejaban en el Cabo de Buena-Esperanza de que todos los almacenes estaban atestados de mercaderías europeas, que estas se ofrecian á un precio mas inferior que en Europa, y que no se podian vender. Por el mes de junio en Calcuta los lamentos del comercio eran de igual naturaleza. Se habia visto al principio un fenómeno extraordinario enviando la Inglaterra á la India tegidos de algodon, y logrando por consiguiente trabajar mas barato que los habitantes medio desnudos del Indostan, reduciéndose sus obreros á una existencia todavía mas miserable. Pero esta bizarra direccion dada al comercio no ha durado mucho; en el dia los productos ingleses estan en las Indias á mas bajo precio

todavía que en Inglaterra. Por el mes de mayo habia sido preciso reexportar de Nueva-Holanda las mercaderías europeas que habian sido llevadas allá con excesiva abundancia. Buenos-Ayres, la nueva Granada y Chile estan del mismo modo atestados de mercaderías.

«El viage de Mr. Fearon á los Estados-Unidos, acabado en la primavera de 1818, presenta este mismo espectáculo de un modo todavía mas palpable. De una á otra extremidad de aquel vasto continente, que tanto prospera, no hay una sola ciudad, ni un solo pueblo, en donde la cantidad de mercaderías que estan de venta no sea infinitamente superior á las facultades de los compradores, aunque los mercaderes se esfuercen á deslumbrarles con créditos crecidos y facilidades de todas clases para los pagos, que admiten á plazos largos y en géneros de cualquier especie.

«No hay un hecho que se nos presente mas á menudo en el mayor número de lugares, y bajo mas aspectos, que la desproporcion entre los medios de consumo y los de produccion, que la imposibilidad en que se encuentran los productores de renunciar á una industria, porque declina, y que la

certeza de que los concurrentes no se disminuirán jamas sino por resultas de las quiebras. ¿En qué consiste, pues, que no quieran ver algunos filósofos lo que en todas partes salta á los ojos del vulgo?" El error en que han caido dimana todo de un principio falso, y es que la produccion y la renta son la misma cosa. Mr. Ricardo, siguiendo á Mr. Say lo repite y afirma: Mr. Say ha probado de un modo mas completo, dice, que no hay capital, por considerable que sea, que no pueda estar empleado, porque el pedido de los productos no tiene mas límites que los de la produccion.

Todo el que produce tiene ánimo de consumir ó de vender la cosa producida; y no se vende jamas sino para volver á comprar algun otro producto que pueda servir de una utilidad inmediata, ó contribuir á la produccion siguiente. De este modo el productor se hace consumidor de sus productos propios, ó comprador y consumidor de los productos de alguna otra persona.

»Con este principio, continúa Mr. de Sismondi, es absolutamente imposible comprender ó explicar el hecho mas demostra-

do de todos en la historia del comercio es el embarazo de los mercados (1)."

Desde luego haré observar á las personas á quienes parecieren concluyentes los hechos de que se lamenta con razon Mr. de Sismondi, que con efecto son concluyentes, pero lo son contra él mismo. Hay demasía de mercaderías inglesas en Italia y en otras partes, porque no hay allí bastantes mercaderías italianas que puedan convenir á la Inglaterra. Un pays no compra sino lo que puede pagar, porque si no pagara bien pronto se retiraría el vendedor. ¿Con qué pagan pues los italianos á los ingleses? Con aceyte, con sedas y con pasas; pero acabados estos y algunos otros artículos; ¿si quisieran adquirir mayor cantidad de productos ingleses, con qué la pagarian? ¡Con dinero! Pero seria menester adquirir este mismo dinero con que pagaran los productos ingleses. Ve usted claramente que para adquirir productos necesita una nacion, del mismo modo que un particular, recurrir á sus propias producciones.

---

(1) *Nuevos principios de Economía política de Sismondi*, tomo 1. pág. 337 y siguientes.

Se dice que los ingleses venden con pérdida en los lugares que inundan de mercaderías suyas. Yo lo creo; pues multiplican la mercadería ofrecida y esto la envilece, y en cuanto pueden, no piden por ella mas que dinero, lo que le hace escasear y hacerse por consecuencia mas precioso. Siendo mas precioso, se da de él menos cantidad en cada cambio, y por esta razon se hace preciso vender con pérdida. Pero supongamos por un instante que los italianos tuvieran mas capitales, que sacaran mejor partido de sus tierras y de sus facultades industriales; en una palabra, que produgesen mas; y supongamos tambien que las leyes inglesas, en lugar de haberse modelado por los absurdos de la balanza del comercio hubieran admitido bajo condiciones moderadas todo lo que los italianos hubiesen sido capaces de ofrecer en pago de los productos ingleses, ¿dudará usted entonces de que las mercaderías inglesas que inundan los puertos de Italia, y otras muchas mercaderías mas encontraran facilmente salida?

El Brasil, pais vasto y favorecido por la naturaleza, pudiera absorver una cantidad cien veces mayor de las mercaderias

inglesas que allí embarazan, y no se venden; pero sería menester que produgese el Brasil todo lo que puede producir: ¿y cómo pudiera conseguirlo este pobre Brasil? La administracion paraliza todos los esfuerzos de los ciudadanos. Si un ramo de industria promete beneficios, el poder se apodera de él y le ahoga. Si alguno encuentra una piedra preciosa, el gobierno se la quita. ¡Qué lindo estímulo para excitarle á buscar otras, y que las emplee en comprar las mercaderías europeas!

Por su parte, el gobierno inglés con sus aduanas y derechos de entrada, repele los productos que los ingleses pudieran reportar de sus cambios con el extrangero, y hasta los géneros alimentarios de que tanta necesidad tienen sus fábricas; y eso porque es menester que los arrendadores ingleses puedan vender sus granos á mas de 80 schelines el *cuarter* á fin de que se hallen en estado de satisfacer contribuciones exageradas. Todas estas naciones se quejan del estado de sufrimiento en que se han puesto ellas mismas por su propia falta: á mí me parece ver en ellas otros tantos enfermos que se enojan de sus males, y no quieren corregirse de los excesos que los originan.

Bien sé que no se desarraiga una encina con tanta facilidad como una mala yerba; bien sé que no se derriban barreras antiguas, por mas podridas que estén, cuando se encuentran apoyadas por las inmundicias que se han amontonado á su abrigo; bien sé que ciertos gobiernos, corrompidos y corruptores, tienen necesidad del monopolio y del dinero de las aduanas para pagar el voto de respetables mayorías con que se afecta representar á las naciones; y aun no soy tan injusto que pretenda se gobierne á los pueblos con la mira del interés general, á fin de obtener todos los votos sin pagarlos: mas al mismo tiempo ¿por qué me pudiera sorprender que tantos sistemas viciosos tuviesen resultados deplorables.?

Presumo que facilmente convendrá V. conmigo en el mal que se hacen unas á otras las naciones por sus celos, por el sórdido interés, ó por la impericia de los que se dicen órganos de ellas; pero V. sostiene que aun suponiéndolas gozando instituciones mas liberales, las mercaderías producidas pueden exceder á las necesidades de los consumidores. Pues yo me conformo de buena gana en hacer mi defensa desde este terreno. Dejemos aparte la guerra que se

hacen las naciones con sus respectivos aduaneros; consideremos á cada pueblo por las relaciones que tiene consigo mismo; y sepamos de una vez para siempre, si no se tiene la facultad de consumir lo que se tiene la facultad de producir.

M. Say, M Mill, y M. Ricardo, dice V., principales autores de la nueva doctrina de los provechos, me parece que han caido en errores fundamentales sobre esta materia. En primer lugar, han considerado las mercaderías como si fueran signos algebráicos, en vez de ser artículos de consumo, que necesariamente deben acomodarse al número de los consumidores y á la naturaleza de sus necesidades" (1).

No sé, á lo menos en cuanto á mí me toca, en qué funda V. esta acusacion. He reproducido bajo todas las formas la idea de que el valor de las cosas (única cualidad que las hace riquezas) está fundado en su utilidad, en la aptitud que tienen para satisfacer nuestras necesidades. « La necesidad que se tiene de las cosas, he dicho (2), depende

(1) *Principios de economía política*, de Malthus, pag. 354 de la edicion *inglesa*.

(2) *Tratado de economía política*, ó simple esposicion del

de la naturaleza física y moral del hombre, del clima que este habita, de las costumbres y de la legislacion de su pays. Siente necesidades del cuerpo, necesidades del espíritu y del alma; unas propias del mismo, otras propias de su familia, y otras tambien como miembro de la sociedad. Una piel de oso y un rengífero son obgetos de primera necesidad para un lapon, al mismo tiempo que hasta el nombre les es desconocido á los lazzaroni de Nápoles. Estos, por su parte, todo lo perdonarán con tal que tengan macarrones con abundancia. De igual modo consideramos en Europa los tribunales de justicia, como uno de los vínculos mas fuertes del cuerpo social, al paso que los indígenos de la América, los arabes y los tártaros, lo pasan muy bien sin ellos.

« De estas necesidades unas se satisfacen con el uso que hacemos de ciertas cosas que la naturaleza nos ofrece gratúitamente, como el ayre, el agua, y la luz del sol. Podemos llamar á estas cosas *riquezas naturales*, porque la naturaleza sola las proporciona á su costa. Como ella las DA indis-

---

modo como se forman, distribuyen y consumen las riquezas; 4a *edicion*, tom. II, pág. 5.

tintamente á TODOS, ninguno está obligado á adquirirlas á costa de un sacrificio de cualquier especie. Por lo mismo no tienen un valor permutable.

« Otras necesidades no pueden satisfacerse sino con el uso que hacemos de ciertas cosas, de las cuales no ha podido sacarse la utilidad que se quiere, sin hacerlas pasar antes por una modificacion; sin haber practicado alguna mudanza en su estado; sin haber para este efecto vencido alguna dificultad. Tales son los bienes que alcanzamos por el egercicio de la agricultura, del comercio, de las artes; y estos son los únicos que tengan un valor permutable. La razon es clara: por el hecho solo de su produccion son ellos el resultado de un cambio en que el productor *dá* sus servicios productivos por *recibir* este producto; y desde luego no pueden obtenerse de él sino en virtud de otro cambio, dándole otro producto que pueda estimar tanto como el suyo.

« A estas cosas pueden llamarse *riquezas sociales*, porque ninguna permuta puede practicarse con ellas sin que haya alguna relacion social, y porque en el estado de sociedad únicamente es donde el derecho de

poseer, con exclusion de otro, lo que se ha obtenido por la produccion ó por el cambio, puede afianzarse.

Añado despues: » Observemos al mismo tiempo que las riquezas sociales, como riquezas, son las únicas que puedan hacerse obgeto de un estudio científico: 1.° porque son las únicas que sean apreciables, ó á lo menos las únicas cuyo aprecio no sea arbitrario; 2.° porque son las únicas que se forman, se distribuyen, y se destruyen segun leyes que podamos señalar. "

¿Es esto considerar los productos como *signos algebráicos*, haciendo abstraccion del *número de los consumidores y de la naturaleza de sus necesidades?* Esta doctrina ¿no establece por el contrario que nuestras necesidades solas nos obligan á hacer los sacrificios, mediante los cuales obtenemos los productos? Estos sacrificios son el precio que pagamos por ellos: usted, siguiendo á Smith, llama á estos sacrificios, por el nombre latino *labor* (trabajo), *labour;* espresion insuficiente, porque aquellos abrazan ó comprenden la concurrencia de las tierras y de los capitales. Yo los llamo *servicios productivos*, y digo que tienen en todas partes su precio corriente, Cuando este precio excede

al valor de la cosa producida, resulta un cambio perjudicial, por el que se ha consumido mayor valor del que se ha creado. Cuando se ha creado un producto equivalente á los servicios, se pagan estos con el producto, cuyo valor, distribuyéndose entre los productores, forma sus rentas. Usted vé, pues, que estas rentas no existen sino en tanto que el producto tiene un valor permutable, y que no puede tenerle, sino en virtud de la necesidad que se tenga en el estado actual de la sociedad. Yo no hago abstraccion de esta necesidad, ni la doy un aprecio arbitrario: la tomo por lo que ella es, por lo que los consumidores quieren que sea. Hubiera podido citar á usted en caso de necesidad todo el libro 3.º de mi obra, que describe menudamente los diversos modos de consumir, sus motivos y sus resultados; pero no quiero abusar de su atencion, ni hacerle emplear mal el tiempo: pasemos adelante.

Dice V. « De ningun modo es cierto, como hecho, que las mercaderías se permuten siempre por mercaderías. La mayor cantidad de las mercaderías se permuta directamente por el trabajo, productivo ó no productivo; y es evidente que toda esta

masa de mercaderías, comparada con el trabajo por el que ha de permutarse, puede disminuir de valor por su superabundancia, del mismo modo que una sola mercadería en particular, por su superabundancia, puede disminuir de valor con relacion al trabajo ó á la moneda (1). ”

Permítame usted reparar, en primer lugar, que no he dicho que las mercaderías se permutasen siempre por mercaderías, sino que *los productos no se compran sino con productos.*

En segundo lugar, que aquellos mismos que admitieran esta espresion de *mercaderías*, podrian responder á usted, que cuando se dan mercaderías en pago del trabajo, se cambian en realidad estas mercaderías por otras mercaderías, es decir, por las que resultan del trabajo que se ha comprado. Pero esta respuesta no es bastante para aquellos que abrazan bajo una mirada mas larga y completa el fenómeno de la produccion de nuestras riquezas. Permita usted que le ponga esto delante de los ojos por medio de una imagen muy sensible. El público, que ha de juzgarnos, me parece

(1) Principios citados de Malthus, pag. 353.

hallará en ella mucha facilidad para apreciar debidamente el mérito de las obgeciones de usted, y el de mis respuestas.

Yo personifico á la industria, á los capitales y á las tierras, para hacer ver como entran en la obra de la produccion; y descubro que cada uno de estos personages abstractos vende sus servicios, que yo llamo *servicios productivos*, á un empresario que es un comerciante, un fabricante, ó bien un arrendador. Este empresario, habiendo comprado los servicios de un fondo, pagando cierta renta á un propietario territorial; los servicios de un capital, pagando cierto interés á un capitalista; y habiendo comprado servicios industriales á ciertos obreros, á ciertos factores ó á ciertos agentes de cualquier especie, pagándoles un salario; consume todos estos servicios productivos, los aniquila, y de este consumo sale un producto que tiene un valor.

El valor del producto, con tal que sea equivalente á los gastos de produccion, es decir, al precio que ha sido necesario anticipar por todos los servicios productivos, basta para pagar los provechos de todos los que han concurrido directa ó indirecta-

mente á esta produccion. El provecho del empresario, por cuya cuenta se hizo la operacion, haciendo abstraccion del interés del capital que puede haber empleado en ella, representa el salario de su talento y del tiempo invertido, que es decir, sus propios servicios, productivos para él mismo. Si su capacidad era grande y sus cálculos fueron bien combinados, el beneficio será considerable. Si en vez de talento ha mostrado impericia en el manejo de su negocio, podrá no solo faltarle la ganancia, sino tambien experimentar pérdida. Al empresario alcanzan todos los riesgos, y por lo mismo debe tambien sacar partido de todas los suertes favorables.

Todos los productos que cada dia nos dan golpe por su inmensa cantidad y variedad, todos cuantos puede concebir nuestra imaginacion, han sido formados por medio de operaciones que están comprendidas tódas en las que acabo de indicar, aunque combinadas de una infinidad de modos diferentes. Lo que unos empresarios hacen en un lugar para obtener algun producto, lo hacen otros en otro lugar para obtener otros productos. Luego estos diversos productos permutándose unos por

otros, son los que recíprocamente proporcionan su salida á unos y á otros. La necesidad mayor ó menor de uno de estos productos, comparada con la que se tiene de otros, determina á dar por él un precio mayor ó menor; es decir, una cantidad mayor ó menor de cualquiera otro producto.

En esta operacion el numerario solo es un agente pasagero, el cual, una vez acabada la permuta, no interviene mas en la operacion, y corre á emplearse en otras permutas.

Con el arriendo, los intereses, los salarios, que componen los provechos resultantes de esta produccion, compra el productor los obgetos de su consumo. Los productores son al mismo tiempo consumidores; é influyendo bajo diversos grados la naturaleza de sus necesidades en la demanda de los diferentes productos, influye esta siempre, cuando existe la libertad, á favor de la produccion mas necesaria; porque siendo la mas pedida, es entonces tambien la que dá á sus asentistas los beneficios mas grandes.

He dicho que para dar mejor á ver la accion de la industria, de los capitales y de

las tierras en las operaciones productivas, personificaria á estos y observaría de qué modo rinden los servicios: mas no ha de buscarse aquí una ficcion gratúita, sino la descripcion de hechos reales. La industria está representada por los *industriosos* de todas clases; los capitales, por los *capitalistas*; y las tierras, por sus *propietarios*. Estos tres órdenes de personas son los que venden la accion productiva de su instrumento, y los que estipulan sus intereses. Podrán tacharse mis espresiones; y en este caso será preciso señalar otras mas propias, porque no puede negarse que las cosas pasan como yo he dicho. He pintado hechos: critíquese, si se quiere, el estilo del pintor; pero nadie presuma de que podra contrastar los hechos: están patentes, y sabrán defenderse.

Tomemos otra vez el hilo de la acusacion de usted. Dice usted que muchas mercaderías deben comprarse por mero trabajo; y yo voy todavía mas adelante: digo que deben todas comprarse asi, estendiendo esta espresion de *trabajo* al servicio que rinden los capitales y las tierras (1). Digo que no

---

(1) Lo que hace á veces obscuros á los autores ingleses, es el confundir, á imitacion de Smith, bajo el nombre de trabajo (*labour*), los servicios rendidos por los hombres, por los capitales y por las tierras.

pueden comprarse sino asi; que á las cosas no se las da valor y utilidad sino por servicios de esta especie, y que en seguida se nos presentan dos partidos: el de consumir nosotros mismos la utilidad, y por consiguiente el valor producido; ó el de servirnos de este para comprar la utilidad y el valor producidos por otros; que en los dos casos compramos mercaderías con servicios productivos, y que podemos comprar tanta mayor cantidad, cuanta fuese la de servicios productivos que empleamos.

Supone usted que no hay *productos inmateriales* (1); pero, amigo mio, todos lo son originariamente. El campo mismo no suministra á la produccion mas que su servicio, que es un producto inmaterial. El sirve como un crisol en donde pone usted alguna substancia mineral, y saca metal y escorias. En estos productos ¿se encuentran partículas del crisol? No: el crisol queda servible para otra operacion productiva. ¿Se encuentra alguna porcion del campo en la mies que se ha sacado de él? Tambien digo que no, porque si un campo se gastara, vendria á consumirse todo al cabo de cierto

(1) Pág. 49.

número de años: un campo no rinde sino lo que se echa en él, pero lo rinde en virtud de una elaboracion á que yo llamo *servicio productivo* del campo. Dispútese enhorábuena sobre la propiedad de la espresion; pero no hay que dudar de la realidad de la cosa, porque asi es y será, y en donde quiera que se estudie la economía política se reconocerá el hecho, aun cuando se tenga por conveniente adoptar otro nombre.

El servicio de un capital en cualquier empresa comercial, agrícola ó fabril, es del mismo modo un *producto inmaterial*.

El que consume un capital improductivamente, destruye el mismo capital; el que lo consume reproductivamente, consume el capital material, y ademas el servicio de este capital, que es un *producto inmaterial*. Cuando un tintorero echa cuatro mil reales de añil en su caldera, *consume* cuatro mil reales de añil, producto material, y ademas consume el tiempo de este capital, su interés. El tinte que luego saca de alli le rinde el valor del capital material que empleó, y ademas el valor del servicio *inmaterial* de este mismo capital.

El servicio del operario tambien es un

producto inmaterial. El operario saca por la noche de la fábrica ó del taller los mismos cinco dedos con que habia entrado alli por la mañana: nada de su propia materia deja en los talleres: luego es un servicio inmaterial el que ha prestado á la operacion productiva; y este servicio es el producto diario, anual, de un fondo que yo llamo sus *facultades industriales*, y que constituye su riqueza. ¡Pobre riqueza por cierto, especialmente en Inglaterra! Pero la razon ya la sé yo.

Todo eso forma *productos inmateriales*, que se designarán por otro nombre si se quisiere; pero no por eso dejarán de ser inmateriales, y de permutarse unos por otros y por productos materiales, buscando para todos estos cambios ó permutas su precio corriente en la regla que establece todos los precios corrientes del mundo, la proporcion entre el ofrecimiento y la demanda.

Todos estos servicios de la industria, de los capitales y de las tierras, que son productos independientes de la materia, forman las *rentas* de todos cuantos existimos.... ¡Cómo, todas nuestras rentas son inmateriales!! Sí, señor, TODAS: y de otro modo seria indispensable que todos los años cre-

ciesen las materias de que se compone el globo, para que todos los años tuviésemos nuevas rentas materiales. Nosotros no creamos ni destruimos un solo átomo: nos limitamos á mudar las combinaciones, y todo lo que empleamos en esto es inmaterial; es VALOR; y este valor, inmaterial tambien, que consumimos cada dia, cada año, es el que nos hace vivir: porque el consumo es una mutacion de forma dada á la materia, ó si usted quiere, una descompostura de forma, asi como la produccion es una compostura. Si le parece á usted que todas estas proposiciones tienen un semblante de paradoja, atienda á las cosas que expresan, y me atrevo á creer que le parecerán sencillísimas y justas.

Sin esta analisis ¿cómo se pudieran explicar todos los hechos? ¿explicar por egemplo cómo el mismo capital se consume dos veces, la una *productivamente* por un asentista, y la otra *improductivamente* por su operario? Mas por medio del analisis que precede, se conoce como el obrero pone su pena, fruto de su capacidad; la vende al asentista, retira de casa de este su salario, el que constituye su renta, y lo consume improductivamente. Por su parte el asentista, que ha

comprado el trabajo del operario, empleando en ello una parte de su capital, lo consume reproductivamente, del mismo modo que el tintorero consume reproductivamente el añil que echa en su caldera. Estos valores, habiéndose destruido reproductivamente, vuelven á parecer en el producto que sale de manos del empresario. No es el capital del empresario el que forma la renta del operario, como pretende M. de Sismondi. En los talleres se consume el capital del empresario, y no en la casa del trabajador. El valor consumido en la casa del operario tiene otro origen: es el producto de sus facultades industriales. El empresario dedica una parte de su capital á comprar este trabajo: teniéndolo comprado, lo consume; y el operario consume por su parte el valor que ha obtenido en cambio de su trabajo. En todo lo que media un cambio, hay dos valores creados y trocados el uno por el otro; y en donde hay dos valores creados, puede haber, y efectivamente hay, dos consumos (1).

(1) Un criado produce servicios personales, que su amo, luego que están producidos, consume totalmente de un modo improductivo. El servicio del em-

Lo mismo se verifica respecto al *servicio productivo* que rinde el capital. El capital

---

pleado público se consume tambien totalmente por el público, á proporcion que se produce; y hé aqui por qué estos diferentes servicios no prestan aumento alguno de riquezas. El consumidor goza de estos servicios, pero no los puede acumular, como tengo explicado menudamente en mi *Tratado de economía política*, 4.a edicion, tom. 1., pág. 124. Asi no se concibe cómo M. Malthus ha sentado en la pag. 35, que « no puede explicarse los progresos que la Europa ha hecho desde el tiempo del feudalismo, si se consideran los servicios personales como igualmente productivos que el trabajo de los mercaderes y de los fabricantes. " Estos servicios son como el trabajo del hortelano que cultiva ensaladas ó fresas. La riqueza de la Europa no dimana ciertamente de las fresas que han sido producidas, porque debieron, del mismo modo que un servicio personal, consumirse todas improductivamente á proporcion que iban madurando, aunque con menos prontitud que ciertos servicios personales.

Pongo aqui el egemplo de las fresas, porque estas son un producto de muy corta duracion; mas no porque un producto sea durable, facilitará mas las acumulaciones. Debe atenderse á si se consume de modo que reproduzca su valor en algun otro obgeto: porque, sea durable ó no, todo producto está destinado al consumo, y solo por esto sirve para algun fin: bien sea este fin satisfacer alguna necesidad, ó re-

lista que le preste, vende el servicio, el trabajo de su instrumento; el precio diario ó anual que un empresario le paga por él, se llama *interés.* Los dos términos de la permuta son, por una parte, el servicio del capital, y por otra parte el interés. El empresario, al mismo tiempo que consume reproductivamente el capital, consume reproductivamente tambien el servicio del capital. Por su parte el prestamista, que ha vendido el servicio del capital, consume improductivamente el interés, que es un valor material dado en cambio del servicio inmaterial del capital. ¿Y podrá estrañarse que haya doble consumo, el del empresario para sacar sus productos, y el del capitalista para satisfacer sus necesidades, puesto que hay los dos términos de un cambio, dos valores sacados de dos fondos diferentes, trocados y consumibles uno y otro?

Dice usted que la distincion del trabajo productivo y del trabajo improductivo, es la piedra angular de la obra de *Adam*

---

producir algun nuevo valor. Cuando se trate de escribir sobre la economía polítca, deséchese ante todas cosas el error de que un producto durable se acumula mejor que un producto fugitivo.

Smith; que es trastornarla enteramente el reconocer como productivos trabajos que no están fijados en ningun objeto material (1), asi como lo hago yo. No, señor, no es esa la piedra angular de la obra de Smith, respecto á que removida esa piedra, el edificio aunque imperfecto, no queda menos sólido: lo que sostendra eternamente á este precioso libro es el proclamarse en todas sus páginas que el valor permutable de las cosas es el fundamento de las riquezas. Desde que se ha reconocido este principio, la economía política se ha hecho una ciencia positiva; porque el precio corriente de cada cosa es una cantidad determinada, cuyos elementos se pueden analizar, señalar las causas, estudiar las relaciones y preveer las vicisitudes. Quitando este caracter esencial á la difinicion de las riquezas, permítame usted decirle que dicha ciencia queda en vago, y se la hace retroceder.

Lejos de trastornar las célebres *Investigaciones sobre la riqueza de las naciones*, yo

(1) *Principios de economía política* de M. Malthus, pag. 37.

las apoyo y sostengo en la parte esencial pero al mismo tiempo pienso, que Adam Smith ha dejado de conocer valores permutables muy reales, no conociendo los que están aplicados á ciertos servicios productivos, que no dejan vestigio ninguno, porque se consumen enteramente; creo que ha dejado de conocer servicios muy reales igualmente, que aun dejan vestigios en productos materiales: como son los servicios de los capitales, consumidos independientemente del consumo del mismo capital; creo que ha incurrido en infinitas obscuridades, por falta de distinguir, durante la produccion, el consumo de los servicios industriales de un empresario, de los servicios de su capital; distincion tan real sin embargo, que casi no hay compañía de comercio que no tenga cláusulas relativas á ella.

Yo respeto á Adam Smith como á mi maestro. Cuando daba los primeros pasos por el estudio de la economía política, y que vacilando aun, ya impelido por los doctores de la balanza del comercio, ya engañado por los doctores del producto neto, tropezaba cada vez que movia los pies, él es quien me enseñó el buen camino. Apo-

yado en su *Tratado de la riqueza de las naciones*, que al mismo tiempo nos descubre la riqueza de su ingenio, aprendí á andar solo; y ahora ya no pertenezco á ninguna escuela, ni imitaré la ridiculez de los reverendos padres jesuitas, que tradugeron los elementos de Newton con comentarios. Sentian estos que no cuadraban mucho las leyes de la física á las de Loyola; y asi tuvieron cuidado de prevenir al público en una advertencia, que aunque al parecer hubiesen demostrado que la tierra se mueve para completar el descubrimiento de la física del cielo, no por eso se entendiera que quedaban menos adictos á los decretos del papa que no adoptaba semejante movimiento. Yo no me someto sino á los decretos de la razon eterna, y no temo decir, que Adam Smith no ha abrazado en sus *Investigaciones* todo el fenómeno de la produccion y del consumo de las riquezas; pero ha hecho tanto, que debemos estarle todos penetrados de reconocimiento. Gracias á sus vigilias, la ciencia mas vaga, y la mas obscura de todas, será muy pronto la mas fija, y la que dejará menor número de hechos sin explicacion.

Representémonos pues á los productores

(bien entendido que bajo este nombre comprendo yo á los poseedores de los capitales y de las tierras, del mismo modo que á los poseedores de las facultades industriales) yendo los unos delante de los otros con sus servicios productivos, ó la *utilidad* que ha resultado de ellos, (calidad inmaterial). Esta utilidad es su producto. Unas veces se fija en un objeto material, que se traspasa con el producto inmaterial, pero que en sí mismo no es de importancia alguna, no es nada, en economía política; porque materia destituida de valor, no es riqueza. Otras veces se traspasa, se vende por el uno y se compra por el otro, sin fijarse en materia ninguna; como por egemplo el dictamen del médico y el del abogado, el servicio del militar y el del empleado público. Todos permutan la utilidad que producen por la que otros han producido; y en cada uno de estos cambios practicados en medio de una concurrencia libre, segun es mas ó menos requerida la utilidad ofrecida por *Pablo*, que la que ofrece *Antonio*, asi se vende á mayor ó á menor precio, es decir, que la misma obtiene mas ó menos de la utilidad producida por este último. En este sentido ha de entenderse la

influencia de la *cantidad pedida* y de la *cantidad ofrecida* (1).

No es esta, amigo mio, una doctrina hecha fuera de tiempo y acomodada á la circunstancia: la encontrará usted consignada en diferentes lugares de mi *Tratado de economía política* (2); y en mi *Epítome* verá sólidamente establecida su correspondencia con todos los demas principios de la ciencia y con todos los hechos que la sirven de base. Esta doctrina se profesa ya en varias partes de Europa; pero yo deseo vivamente que llegue usted á convencerse de ella, y que le parezca digna de introducirse en la cátedra que regenta con tanto esplendor.

En vista de estas explicaciones necesarias, no me tachará usted de partidario de sutilezas vanas, si me apoyo en leyes que dejo demostrado estar fundadas en la naturaleza de las cosas y en los hechos que de ella se derivan.

---

(1) A que los Ingleses llaman, *Want and supply*.

(1) *Cuarta edicion*, lib. I, cap. 15; lib. II cap. 1, 2, 3, y 5. Véase tambien el Epítome que está al fin de la misma obra, especialmente en las palabras, *servicios productivos, gastos de produccion, rentas, utilidad, valor.*

Las mercaderías, dice usted, no solo se permutan por mercaderías, sino tambien por trabajo. Si este trabajo es un producto que los unos venden, los otros compran, y que estos últimos consumen, poco me costará llamarle *una mercadería*; y no le costará á usted mucho mas asimilar las otras mercaderías á esta, respecto á que son productos tambien. Entonces confundiéndolas unas y otras bajo el nombre genérico de *productos*, podrá usted tal vez convenir en que no se compran productos sino con productos.

CARTA SEGUNDA.

Muy señor mio: pienso dejar probado en mi primera carta que los productos no pueden comprarse si no por productos; y ahora tampoco encuentro motivo para abandonar la doctrina de que la produccion es la que proporciona despacho ó salida á la produccion. Verdad es que he considerado como productos á todos los servicios que dimanan de nuestra capacidad personal, de nuestros capitales y de nuestras tierras, lo cual me ha oblgado á delinear de nuevo y con términos diferentes la doctrina de la produccion, que sin duda no concibió bien el célebre Smith, ni la describió enteramente.

Sin embargo, amigo mio, volviendo á leer la 3.a seccion del cap. VII de la obra de usted (1), siento que en un punto no querrá ir conforme conmigo. Tal vez convendrá usted en que no se compran los productos sino con otros productos; pero

(1) Principios de economía política, de Malthus, pág. 351.

insistirá todavía en sostener que pueden los hombres, de todos los productos juntos, crear una cantidad superior á sus necesidades, y por consecuencia que una parte de estos productos puede no hallar empleo, que puede haber superabundancia y embarazo de todos los géneros á un mismo tiempo. Para presentar la objecion de usted con toda su fuerza, la transformaré en una imagen sensible, y diré: M. Malthus convendrá sin dificultad, en que cien sacos de trigo compran cien piezas de tela para una sociedad que necesita esta cantidad de tela y esta cantidad de trigo para vestirse y alimentarse; pero si la misma sociedad llega á producir doscientos sacos de trigo y doscientas piezas de tela, de poco servirá que estas dos mercaderías puedan permutarse la una por la otra; sostendrá el mismo escritor que una parte de dichas mercaderías podrá no encontrar compradores. Se necesita, pues, que yo pruebe en primer lugar cómo cualquiera que sea la cantidad producida, y el abatimiento de los precios que dimane de ella, una cantidad producida en un género pone siempre á sus autores en disposicion de adquirir la cantidad pro-

ducida en otro género ; y despues de haber probado que existe la posibilidad de adquirir, habré de investigar cómo unos productos que superabundan, hacen nacer las necesidades de consumirlos.

El empresario que hace producir trigo, ó el arrendador, despues de haber comprado los servicios productivos del pedazo de tierra y del fondo capital que ocupa, despues de haber comprado los servicios productivos de sus sirvientes y de haber añadido á esto su trabajo propio, consume todos estos valores para sacar al cabo sacos de trigo; y cada saco, comprendido su trabajo propio, que es decir, sus beneficios, supongamos que le sale á 120 reales. Por otro lado, el empresario que produce tejidos de lino, de lana, ó de algodon, pues esto no hace al caso; el fabricante en fin despues de haber consumido de igual modo los servicios de su capital, los servicios de sus operarios y los suyos propios, ha sacado piezas de tela, que le sale cada una á la misma cantidad de 120 reales. Si me permite usted tambien llegar de un salto al fondo de la cuestion, le confesaré que en mi pensamiento el mercader de tejidos re-

presenta á los productores de todos los productos fabricados, y el mercader de trigo representa á todos los productores de géneros alimentarios y de productos naturales. Trátase ahora de saber si sus dos productos, por mas que los multiplique, y cualquiera que sea el abatimiento que de esta multiplicacion resulte en los precios, podrán totalmente ser comprados por sus productores, que son al mismo tiempo sus consumidores; y cómo las necesidades crecen siempre en razon de la cantidad producida.

Comenzarémos examinando lo que pasa en la hipótesis de una libertad perfecta, la cual permite multiplicar indefinidamente todos los productos; y despues considerarémos los obstáculos que la naturaleza de las cosas ó la imperfeccion de las sociedades le oponen á esta libertad indefinida de producir. Observará usted que la hipótesis de la produccion indefinida es mas favorable á su causa, porque mucho mas dificil es colocar productos ilimitados que productos ceñidos; y que la hipótesis de los productos ceñidos, unas veces por una causa y otras por otra, es mas favorable á la mia que sienta ser estas restricciones

mismas las que impidiendo ciertas producciones, perjudican á la compra que podria hacerse de aquellos productos solos que se pueden multiplicar indefinidamente.

En la hipótesis de la libertad perfecta, el productor de trigo llega al mercado con su saco, que le sale, incluso su beneficio, á 120 reales; y el productor de tegidos con una pieza de tela que le sale al mismo precio: por consiguiente llegan los dos con dos productos que se permutarán á la par (1). Aquel de los dos productos que se vendiera por mas de sus gastos de produccion, atraería hácia esta una parte de los productores que se ocupan en la otra, hasta que los servicios productivos fuesen pagados igualmente en el uno que en el otro género: este es un efecto en que se conviene generalmente.

---

(1) Un arrendador que vende por 120 reales un saco de trigo y compra una pieza de lienzo de 120 reales, ¿ no permuta su saco por la tela; y el fabricante que compra por 120 reales del precio de su pieza de tela un saco de trigo, no permuta su tela por un saco de trigo?

Se debe reparar que en esta hipótesis los productores de la pieza de tela, todos juntos, han ganado lo correspondiente para comprar otra vez la pieza entera, ó cualquier otro producto de igual valor. Si ella sale, por egemplo, á 120 reales, todo coste incluso, hasta el beneficio del fabricante conforme le hubiere fijado la concurrencia, esta cantidad se encontrará distribuida entre todos los productores de la pieza de tela, aunque en partes desiguales, segun la especie y la cuota de los servicios prestados para obrar la produccion. Si la pieza tiene diez varas, el que ha ganado 24 reales puede comprar dos varas; el que ha ganado 6 reales solo podrá comprar media vara; pero resultará constante siempre que el total de los productores puede comprar la totalidad de la pieza: que si en vez de comprar la tela quisieren comprar el trigo, podrán adquirir todo el saco tambien, respecto á que no vale mas que 120 reales, como la tela; y que igualmente podrán comprar á discrecion, segun sus necesidades, ó una porcion de la pieza de tela, ó una porcion equivalente del saco de trigo. El que ha ganado en alguna de estas dos producciones 24 reales, puede emplear doce en una

décima parte de la pieza, y otros doce en una décima parte del trigo, siendo cierto siempre que todos los productores juntos pueden adquirir la totalidad de los productos.

Aqui es donde se presentan las objeciones de usted. Si se aumentan los productos, dice usted, ó si disminuyen las necesidades, los productos se pondrán á un precio demasiado ínfimo para poderse pagar el trabajo que cuesta su egecucion (1).

---

(1) Para que no se me acuse de haber alterado el sentido de las expresiones de un profesor tan estimable, deseando reducirle y aclararle, voy á presentar en esta nota la traduccion exacta de los lugares correspondientes de su obra.

« Si las mereaderías no debieran compararse y permutarse mas que la unas por las otras, entonces seria cierto que con tal que se aumentaran bajo ciertas proporciones convenientes, podrian, cualquiera que fuese su aumento, conservar el mismo valor relativo. Pero si las comparamos, como debemos, con el número y con las necesidades de los consumidores, un aumento grande de productos con un número permanente de consumidores y algunas necesidades reducidas por la parsimonia, es indispensable que ocasionen un abatimiento grande en el valor de los productos apreciado en trabajo, de tal modo que el mismo producto que hubiere *costado* el mismo trabajo

Antes de responder á usted, amigo mio, le prevengo, que si por condescendencia empleo su expresion *trabajo*, la cual, conforme á las explicaciones dadas en mi carta anterior, es incompleta, abrazaré bajo esta denominacion, no solo al servicio productivo de un operario y de un gefe, sino tambien á los servicios productivos rendidos por el capital y por el pedazo de tierra; servicios que tienen su precio, del mismo modo que el trabajo personal, y un precio tan real que viven de él el capitalista y el propietario de la tierra.

Este punto bien entendido, respondo á

---

que antes, no sirva ya para *comprar* la misma cantidad. » pág. 355.

« Se supone que una demanda efectiva no es otra cosa que el ofrecimiento efectivo que se hace de una mercadería en cambio de otra. Pero ¿ es eso con efecto cuanto se necesita para una demanda efectiva? Aunque cada una de las mercaderías pueda haber costado, para su produccion, la misma cantidad de trabajo y de capital, y que puedan equivaler la una á la otra, no obstante pueden ambas abundar hasta tal punto que ya no pueda comprarse mas trabajo del que ellas han costado, ó muy poco mas. Y en este caso, ¿ seria efectiva la demanda? ¿Bastaria para estimular á continuar la produccion? Indudablemente NO. « *Ibid.*

usted ante todas cosas, que bajando de precio los productos, no quedan los productores imposibilitados de comprar el trabajo que los ha creado, ó cualquier otro trabajo equivalente. En nuestra hipótesis, los productores de trigo valiéndose de medios mas perfectos, crearán duplicada cantidad de trigo, y los productores de tegidos duplicada cantidad de telas; bajando tanto el trigo como las telas una mitad. Y ¿á qué se reduce esto? Los productores de trigo, por sus servicios, que serán los mismos, tendrán dos sacos que valdrán juntos lo que valía uno solo; y los productores de telas tendrán dos piezas que juntas valdrán lo que valía una sola. En la permuta llamada *produccion*, los mismos servicios, cada uno de su parte, habrán obtenido doble cantidad de productos; mas estas dos cantidades dobles podrán adquirirse la una por la otra asi como antes, y con la misma facilidad que antes; de manera que sin hacer mas gasto en servicios productivos, una nacion en donde viniera á desarrollarse esta facultad productora, tendria para su consumo duplicada porcion de objetos, consistiesen en granos en tegidos ó en otros cualesquiera, pues es indiferente el que nos hayamos aqui propuesto

representar por el trigo y las telas todas las cosas de que puede tener necesidad para mantenerse la especie humana. Los productos, dado un cambio semejante, se ponen en oposicion de valor con los servicios productivos; luego como en cualquier cambio, el uno de los dos términos que obtiene mayor cantidad del otro, vale tanto mas, resulta que los servicios productivos valen tanto mas, cuanto se multiplican los productos y están á un precio inferior (1). Hé aquí por qué la baja de los productos, aumentando el valor de los fondos productivos de una nacion y de las rentas que de ellos dimanan, aumenta las riquezas nacionales. Esta demostracion, que se halla explicada por menor en el capítulo 3. del lib. 2 de mi *Tratado de economía política* (4a edicion), ha hecho, en mi juicio, algun buen servicio á la ciencia, respecto á que aclara lo que hasta entonces se habia sentido y no se habia explicado: á saber, que no obstante que la riqueza sea un valor permutable, se aumenta la riqueza general por el bajo precio

(1) Segun la expresion inglesa: *When they do not command the same quantity of labour as before.*

de las mercaderías y de cualquier especie de productos (1).

Es probable que el aumento de un doble en la potencia productiva del trabajo, no se haya verificado nunca de repente, y en todos los productos á un tiempo; pero tampoco cabe duda en que ha tenido lugar por grados, respecto á muchos productos y con proporciones muy diferentes. Entre los antiguos un manto de púrpura de igual tamaño, de igual finura, de igual solidez y brillo en el tinte, costaba sin duda mas que doble de lo que costaria entre nosotros; y no dudo de que el trigo pagado por trabajo, no haya bajado una mitad, por lo menos desde la época ignorada de la invencion del arado.

---

(2) Esta demostracion destruye completamente una asercion de M. *Malthus*, sobre que *la baja de precio se hace siempre á costa de los beneficios* (pag. 370), y por consiguiente arruina tambien todos los raciocinios fundados en esta base. La misma demostracion es fatal igualmente para toda aquella parte de la doctrina de M. *Ricardo*, en que se promete establecer que los *gastos de produccion*, y no la proporcion del *ofrecimiento* con el *pedido*, fijan el precio de los productos. Identifica los *gastos de produccion* con los *productos*, mientras que estan en oposicion, y los primeros son tanto menores, cuanto mas abundan los segundos.

Todos estos productos, teniendo menos coste de trabajo, se han dado en razon de la concurrencia por lo que han costado, sin que nadie haya perdido en ella; habiendo ganado todos en cuanto á sus rentas.

Pero debemos volver á la primera parte de la objecion de usted: *Los productores de trigo, y los productores de tejidos, producirán entonces mas trigo y mas tejidos de los que podrán consumir los unos y los otros*: ¡Ay! amigo mio, despues de haber probado que á pesar de la baja de una mitad en el valor de los productos, podria uno comprarlos *por entero* del mismo trabajo, y de este modo procurarse duplicados medios de existir y de gozar, ¿me veria reducido á probarle al autor tan justamente célebre del *Tratado sobre la poblacion*, que todo lo qué se puede producir puede encontrar consumidores, y que entre los goces que proporciona la cantidad de los productos de que pueden disponer los hombres, no se consideran como de la última especie las comodidades de la familia y la multiplicacion de los hijos? Despues de haber escrito tres volúmenes admirados con justicia, para probar que la poblacion se pone siempre al nivél con

los medios de existencia, ¿ha podido usted admitir el caso de *un aumento grande de productos, con un número permanente de consumidores y ciertas necesidades reducidas por la parsimonia?* (pag. 355.)

Es indispensable que se equivoque ó el autor del *Tratado sobre la poblacion*, ó el autor de los *Principios de economía política.* Todo lo dicho nos induce á creer que el autor del *Tratado sobre la poblacion* no es el que se ha equivocado. Asi la experiencia como el raciocinio demuestran que un producto, una cosa *necesaria ó agradable* para el hombre, no se rehusa sino cuando faltan medios para comprarlo. Esta facultad de comprar es precisamente la que establece la demanda del producto, lo que le da un precio. No tener necesidad de una cosa util, es como no poderla pagar. ¿Y cómo está uno en la impotencia de pagarla? Estando destituido de lo que forma la riqueza, destituido de industria, de tierras ó de capitales.

Una vez asistidos de los medios de producir, acomodan los hombres sus producciones á sus necesidades, porque la produccion misma es una permuta, por la que uno *ofrece* medios productivos, y por la

que pide en cambio aquella cosa de que se le hace mas sensible la necesidad. Crear una cosa de la que no pudiera hacerse perceptible la necesidad, seria crear una cosa sin valor: seria no producir. Luego desde el momento en que la cosa tiene un valor, su productor puede encontrar medio de permutarla por aquella que quiere adquirir.

Esta facultad de las permutas, peculiar del hombre entre todos los animales, acomoda todos los productos á todas las necesidades, y le permite atender, para su existencia, no á la especie del producto (pues él le permutará cuando quiera, si tiene valor), sino á su valor.

La dificultad, dirá usted, está en crear productos equivalentes á su coste de produccion. Ya lo sé yo; y en mi carta siguiente verá usted lo que pienso sobre esto. Mas sin salir de la hipótesis en que estábamos de la libertad de industria, usted me permitirá que haga notar cómo no se encuentra dificultad en crear productos equivalentes á su coste de produccion, sino en razon de las pretensiones subidas de los vendedores de servicios productivos. Y asi, el precio alto de los ser-

vicios productivos denota que lo que se busca, existe; es decir, que hay empleos en que los productos dejan para reembolsarse de lo que cuestan.

Usted censura á los que siguen mi opinion, el que « no tengan consideracion ninguna á la influencia tan general y tan importante de esta disposicion del hombre á la indolencia y á la ociosidad (pag. 358). " Figura usted el caso en que unos hombres, contentos con haber producido lo que baste para acallar sus primeras necesidades, no querrán producir mas, prevaleciendo en su ánimo el amor del descanso al de las comodidades; pero permita usted que le diga que esa misma suposicion le es contraria, y prueba á mi favor. Acaso ¿digo yo otra cosa, sino que se vende únicamente á los que producen? ¿Porqué no se venden objetos de lujo á un arrendador que gusta de vivir con grosería? Porque mas quiere estarse ocioso que producir para tener con qué pagar objetos de lujo. Cualquiera que sea la causa que limíte la produccion, bien sea la falta de capitales, de poblacion, de diligencia, ó de libertad, el efecto es el mismo siempre en mi concepto; no se venden los objetos

que se ofrecen por un lado, porque se produce muy poco por el otro.

Usted considera la indolencia que no quiere producir, como opuesta directamente á las salidas, y en esto vamos conformes; pero ¿cómo puede usted mirar, como lo hace en el cap. VII, sec. 9 de su obra, á la indolencia de los que llama *consumidores improductivos*, como favorable á estas mismas salidas? «Es absolutamente necesario, dice usted (pág. 463), que teniendo un pays medios grandes de produccion, posea tambien un cuerpo numeroso de consumidores improductivos." Y ¿cómo se compone el que la indolencia que no quiere producir sea opuesta á las salidas en el primer caso, y les sea favorable en el segundo?

Si se ha de hablar con pureza, esta indolencia les es contraria en ambos casos. ¿A quiénes señala usted por la expresion de cuerpo numeroso de consumidores improductivos, que dice ser tan necesario para los productores? ¿Son los propietarios de tierras y de capitales? No hay duda en que estos no producen directamente; pero su instrumento produce por ellos. Consumen el valor á cuya creacion han concurrido sus tierras y sus capitales. Concurren pues á la

produccion, y no pueden comprar lo que compran sino en razon de este concurso. Si ademas contribuyen á ella por medio de su trabajo, y juntan á sus provechos como propietarios y capitalistas otros beneficios como operarios ó laboriosos, entonces produciendo mas, podrán consumir mas tambien; pero por su calidad de no productores no aumentarán jamas la salida ó despacho de los productores.

¿Quiere usted señalar á los empleados públicos, á los militares, á los rentistas del Estado? Pues ni estos tampoco fomentan las salidas por su calidad de no productores. Yo no pienso en disputar la legitimidad de los emolumentos que reciben; pero no puedo creer que les embarazase mucho á los contribuyentes su dinero en el caso que los recaudadores de las contribuciones no vinieran á ayudarles: ó satisfarian sus necesidades con mas amplitud, ó emplearian aquel mismo dinero en mayor aumento de la reproduccion. En uno y otro caso se invertiría el dinero y fomentaría la venta de cualesquier productos iguales en valor á lo que ahora compran los que usted llama *consumidores improductivos*. Convenga usted, pues, amigo mio, en que no por causa de

los consumidores improductivos, la venta se encuentra fomentada, si no por causa de la produccion de los que proveen á su gasto propio; y en que aun cuando los consumidores improductivos llegaran á desaparecer, lo que Dios no quiera, no por eso se encontrarán obstruidos el despacho ó las salidas de las producciones por el valor de un cuarto.

No veo con mas claridad en qué se funda usted para decidir (pág. 336) que la produccion no puede llevarse adelante, si el valor de las mercaderías solo paga muy poco mas del trabajo que ellas han costado. Para que los productores esten en estado de continuar sus operaciones, no se necesita para nada que el producto valga mas que sus gastos de produccion. Cuando una empresa se comienza con un capital de cuatrocientos mil reales, basta que el producto que se saque de ella valga otros cuatrocientos mil reales, para que puedan volverse á principiar sus operaciones. ¿Y donde se quedan, dice usted, los beneficios de los productores? Todo el capital ha servido para pagarlos (1); y el

(1) Algunos piensan que cuando se emplea un capital en una empresa, la porcion de este capital que se aplica á la compra de las materias primeras, no se emplea en la compra de servicios productivos: este

precio que se ha pagado de él es el que ha formado las rentas de todos los productotes. Si el producto que ha resultado no vale mas de 400,000 reales, ya queda repuesto el mismo capital, y todos los productores están pagados (1).

Yo no temo pues dar á la obgecion de usted mas fuerza todavía que la que tiene, expresándola asi: « Aunque cada una de las mercaderías pueda haber costado para su produccion la misma cantidad de trabajo y de capital, y que puedan ellas equivaler la una á la otra, con todo eso pueden ambas

---

es un error. La materia primera por sí misma es un producto que no tiene otro valor que aquel que antes se la ha dado por los servicios productivos, los cuales han hecho de ella un producto, un valor. Cuando la materia primera es de ningun valor, tampoco emplea parte ninguna del capital; cuando es necesario pagarla, este pago no es mas que el reembolso de los servicios productivos que la han dado valor.

(1) Los beneficios que saca de su empresa un empresario, son el salario del trabajo y del talento que ha aplicado á su negocio. No continúa en la misma empresa sino durante el tiempo que este salario sea tal, que no pueda prometerse otro mejor entrando en otra empresa. El es uno de los productores necesarios, y sus beneficios hacen parte de los gastos necesarios de la produccion.

abundar hasta el punto de no poder comprarse mas trabajo que el que han costado las mismas. Y en este caso ¿podria llevarse adelante la produccion? No hay duda en que NO» ¿No? ¿y por qué, dígame usted? ¿Por qué unos arrendadores y unos fabricantes que formaran juntos por valor de 240 reales en trigo y en telas, que, como ya he demostrado, estarian aptos para comprar totalmente esta cantidad de mercadería, bastante para sus necesidades, no podrían volver á principiar despues de haberla comprado y consumido? Tendrian las mismas tierras, los mismos capitales, la misma industria que antes; estarian precisamente en el estado en que estaban cuando principiaron; y habrian vivido, se habrian mantenido de sus rentas, de la venta de sus servicios productivos. ? ¿Qué mas se necesita para la conservacion de la compañia? Este gran fenómeno de la produccion, analizado y expuesto con sus signos verdaderos, lo explica todo.

Por el temor que manifiesta usted de que los productos de la sociedad no excedan en cantidad á lo que esta puede y quiere consumir, es natural que vea con espanto aumentarse sus capitales por medio del ahorro: porque los capitales que buscan empleo,

procuran un aumento de productos, y nuevos medios de acumulacion, de donde resultan nuevas producciones. En fin me parece que teme usted no se vea uno ahogado bajo la acumulacion de las riquezas; y le aseguro que este temor nada me inquieta.

¿Le corresponderá á usted, amigo mio, reproducir en este lugar las preocupaciones populares contra aquellos que no gastan sus rentas en obgetos de lujo? Usted conviene (pág. 351) *en que ningun aumento permanente de riqueza puede verificarse sin un aumento precedente de capital;* usted conviene (pág. 352) en que los *trabajadores son consumidores del mismo modo que los consumidores ociosos;* y con todo eso teme usted que si se acumula siempre, *no pueda consumirse la cantidad siempre creciente de estas mercaderías producidas por estos nuevos trabajadores* (pág. 353).

Es preciso destruir ese vano terror de usted; pero permítame antes una reflexion sobre el obgeto de la economía política moderna, la cual podrá por su naturaleza guiarnos en este examen.

¿Qué es lo que nos distingue de los economistas de la escuela de Quesnay? Es el

cuidado que ponemos en observar el encadenamiento de los hechos que tienen relacion con las riquezas; es la rigorosa exactitud á que nos sugetamos en su descripcion. Luego para ver y para describir bien, se necesita en cuanto se pueda mantenerse siendo espectador impasible. No es decir que no podamos, y aun algunas veces que no debamos dolernos de esas grandes operaciones de fatales consecuencias, en que hartas veces hacemos el papel de tristes é impotentes testigos: ¿ pero se le prohibe hacer al historiador filántropo las dolorosas reflexiones que á las veces le arrancan las iniquidades de la política? Una confrontacion, un pensamiento, un consejo, no son parte de la historia, y me atrevo á decir tambien, que no lo son de la economía política. Lo que debemos al público, es decirle cómo y por qué este hecho es la consecuencia del otro. Si la consecuencia le agrada, ó si la teme, ya tiene bastante, sabiendo lo que ha de hacer, y no es necesario asistirle con exortaciones. Me parece por consecuencia que de ningun modo deberíamos nosotros, yo, siguiendo á Adam Smith, predicar el ahorro; y usted, amigo mio, siguiendo á milord Lauderdale, elogiar la disipacion. Ciñámonos pues á no-

tar cómo se suceden y encadenan las cosas en la acumulacion de los capitales.

Desde luego observo que la mayor parte de las acumulaciones son lentas por necesidad. Todo el mundo, por mas rentas que se tengan, debe vivir antes que acumular; y lo que yo llamo aqui la *vida*, es generalmente tanto mas dispendioso cuanto es uno mas rico. En el mayor número de casos y de profesiones la manutencion de una familia y su establecimiento consumen la totalidad de las rentas, y no pocas veces la de los capitales; y cuando se encuentran ahorros formados anualmente, están estos casi siempre en una proporcion ténue con los capitales actualmente empleados. Un empresario que tiene 400,000 reales y una industria, gana, en tiempos comunes y por término medio, de 50 á 60,000 reales. Luego con un capital como este, y una industria que le equivalga, es decir, una fortuna de 800,000 reales, es económico el empresario si gasta solamente 40,000; ¡ y no ahorra cada año mas de 20,000 reales! la vigésima parte de su capital!

Si distribuye usted, como ocurre muchas veces, esta fortuna entre dos ó mas personas, de las cuales una pone la indus-

tria, y la otra el capital, el ahorro es todavía mucho menor, porque entonces dos familias, en lugar de una, han de vivir de los beneficios reunidos del capital y de la industria (1). De todos modos solamente las fortunas muy grandes pueden hacer ahorros considerables; y las fortunas muy grandes son raras en todos los payses: por esta razon los capitales no pueden aumentarse con una rapidez capaz de producir trastornos en la industria.

No participaré yo de los temores que le han hecho á usted decir (pág. 357): « Que un pays está siempre expuesto á un incremento mas rápido del fondo destinado para el mantenimiento de la clase laboriosa, que de la clase laboriosa, en sí misma. » A mí no me espanta mas el aumento enorme de productos que puede resultar de un aumento de capital tan lento por su naturaleza. Veo al contrario estos nuevos capitales, y las

---

(1) Este caso es mucho mas frecuente en Francia que en Inglaterra, donde la cuota de los beneficios industriales y del interés de los capitales, es demasiado baja para que en las industrias comunes alcancen los primeros al mantenimiento de una familia, falta de capital.

rentas que salen de ellos, distribuirse del modo mas favorable entre los productores. Desde luego aumentando su capital el capitalista, ve aumentarse tambien su renta, lo que le excita á gozar mas. Aumentado un capital en el año, compra el siguiente algo mas de servicios industriales. Siendo mas pedidos estos servicios, son algo mas pagados; un número mayor de industriosos encuentra el empleo y la recompensa de sus facultades. Estos trabajan y consumen improductivamente los productos de su trabajo; de manera que si hay mas productos creados en virtud de este aumento de capital, tambien hay mas productos consumidos. ¿Y qué es esto sino un aumento de prosperidad?

Dice usted (pág. 352 y 360), que si los ahorros no tienen otro obgeto que el aumento de los capitales, si los capitalistas no aumentan sus goces aumentando sus rentas, no tienen motivo suficiente para ahorrar; porque los hombres no ahorran únicamente por filântropía y por hacer prosperar la industria. Esto es cierto; pero ¿qué quiere usted inferir? Si ahorran, yo digo que favorecen la industria y la produccion, y que este incremento de productos se distribuye

de un modo muy favorable en el público. Si no ahorran, yo no sabria qué decir; pero no puede usted inferir de eso, que los productores se hallen mejor; pues lo que los capitalistas hubieran ahorrado, se hubiera hallado gastado del mismo modo. Gastándolo improductivamente, el gasto no se hace mas grande. En cuanto á los valores acumulados sin consumirse reproductivamente, como las sumas que el avaro amontona en sus cofres, ni Smith, ni yo, ni nadie tomarémos la defensa de esto, pero tampoco nos espantarémos mucho; desde luego, porque estos valores son muy poco considerables, comparados con los capitales productivos de una nacion; y en segundo lugar, porque su consumo no está mas que suspendido. No hay tesoro ninguno que no haya acabado por gastarse productiva ó improductivamente.'

Yo no sé con qué fundamento considera usted los gastos reproductivos, los que se hacen para abrir canales, levantar edificios para fábricas, construir máquinas, pagar artistas y artesanos, como menos favorables para los productores, que los gastos improductivos, aquellos que no tienen otro objeto que la satisfaccion personal del pródigo,

« Todo el tiempo, dice usted (pág. 363), que los cultivadores estan dispuestos á consumir los objetos de lujo creados por los fabricantes, y los fabricantes los objetos de lujo creados por los cultivadores, las cosas van bien. Pero si la una y la otra clase estuviesen dispuestas á economizar con la mira de mejorar su suerte y de atender al establecimiento de sus familias, el caso seria muy distinto: » (es decir, á lo que parece, todo iria mal). « El arrendador, en « lugar de permitirse el uso de cintas, de en- « cages y de terciopelos, se contentaría con los « vestidos mas sencillos; pero su economía « le quitaría al fabricante la posibilidad de « comprar una cantidad tan grande de sus « producciones, y ya no encontraria salida « para los productos de una tierra en que « nada se hubiera escaseado para trabajarla « y mejorarla. Si el fabricante por otro lado, « en vez de halagar su gusto con el consu- « mo de azucar, de ubas (1), y de tabaco, « quisiera ahorrar para lo futuro, nada po- « dria adelantar tampoco, por causa de la « parsimonia del arrendador y falta de pe- « dido de los productos de las fábricas.

(1) Las ubas son un objeto de lujo en Inglaterra.

« Y un poco mas adelante (pág. 365) dice « usted: « La poblacion necesaria para suministrar vestidos á una sociedad semejante, con el auxilio de las máquinas, se reduciria á muy poco, y no absorberia mas que una parte ténue del excedente de un territorio rico y bien cultivado. Seria sin duda general la falta de pedido; y al paso que es cierto, mantendria una proporcion justa entre este y el ofrecimiento, cualquiera que fuese la facultad de la produccion, una pasion franca por el consumo (improductivo); no parece menos seguro, que la pasion contraria por el ahorro debe acarrear inevitablemente una produccion de mercaderías que excedería mucho á lo que la organizacion y los hábitos de una sociedad semejante la permitieran consumir. »

Usted llega á preguntar qué sería de las mercaderías si todo género de consumo, excepto el pan y el agua, estuviera suspenso durante seis meses solamente (1); y determinadamente á mí es á quien usted dirige la interpelacion.

(1) « ¡ Qué acumulacion de productos! ¡ qué prodigiosas salidas, segun M. Say, *dice* M. *Malthus*, no abriría un caso de esta especie! " El sabio profesor se ha

En este lugar y en el anterior sienta usted aun implícitamente como un hecho, que un producto ahorrado se substrae á toda especie de consumo; al mismo tiempo que en todas estas discusiones, en todos los escritos que usted rebate, en los de *Adam Smith*, en los de M. *Ricardo*, en los mios y aun en los suyos (1), se encuentra reconocido que un producto ahorrado es un valor que se substrae por alguno á un consumo improductivo para agregarlo á su capital, es decir, á aquellos valores que se consumen ó se hacen consumir reproductivamente. ¿*Qué*

---

equivocado enteramente en este lugar sobre el sentido de la palabra *acumulacion*. La ausencia de consumo no es una acumulacion, sino la substitucion de un consumo reproductivo á un consumo improductivo. Ademas de esto, yo no he dicho, que un producto *ahorrado* era una salida abierta, sino que un producto *creado* era una salida abierta para otro producto; y esto último es verdad, sea que se gaste su valor improductivamente, sea que se agregue á los ahorros hechos, es decir, á los gastos reproductivos que uno se propone hacer.

(1) « Es preciso convenir en que los productos ahorrados cada año se consumen con la misma regularidad que los que se gastan anualmente; pero los consumen otras personas. » *Principios de econom. polit.* de M. *Malthus*, pág 31.

fuera de las mercaderías, si todo género de consumo, excepto el pan y el agua, se suspendiera durante seis meses? Vaya, amigo mio, se venderian por un valor igualmente grande; porque al cabo lo que de esa suerte se agregara á la suma de los capitales, tendria que emplearse en carne, cerbeza, vestidos, camisas, zapatos y otros muebles para la clase de los productores, á quienes darian que trabajar las sumas ahorradas. *¿Y si cada uno ayunara á pan y agua por no gastar sus ahorros?*... Es decir, ¡que supone usted se impusiesen todos la penitencia de un ayuno extravagante por su gusto, y sin designio!

¿Qué respondería usted al que contara en el número de los trastornos que pueden ocurrir en la sociedad el caso de que la luna viniera á desplomarse sobre la tierra?... Ello no es físicamente imposible: pues bastaria que el encuentro de un cometa suspendiese, ó solamente cortase la marcha de este astro por su órbita. Con todo eso, presumo que hallaria usted algo de impertinencia en la cuestion; y le confieso que este juicio me parecería disimulable.

Convengo en que sea un método que no desaprueba la filosofía el de llevar los prin-

cipios hasta las mas remotas consecuencias, para descubrir y ponderar sus errores; pero esta exageracion misma es un error cuando la naturaleza de las cosas por sí sola presenta obstáculos siempre opuestos al exceso que se supone, y hace de este modo inadmisible la suposicion. Usted opone á todos los que piensan con *Adam Smith*, que el ahorro es un bien, los inconvenientes de un ahorro excesivo; pero en el caso presente el exceso lleva en sí mismo su remedio. En donde los capitales abundan con demasía, el interés que de ellos sacan los capitalistas viene á ser demasiado ténue para contrapesar las privaciones que se imponen mediante sus ahorros. Siendo difíciles de encontrar las colocaciones sólidas del dinero, se buscan estas en payses estraños; y al fin el simple curso de la naturaleza embaraza mucho á las acumulaciones. Una gran parte de las que hacen las familias ricas, se paran en el instante que es preciso atender al establecimiento de los hijos. Encontrándose reducida por esta circunstancia la renta de los padres, cesan las facultades de acumular; y al mismo tiempo cesa tambien una parte de los motivos que les inducian á hacerlo. Los fallecimientos paran ordinariamente el au-

mento de los ahorros. Una herencia se divide entre herederos y legatarios, los cuales no quedan en la misma situacion que estaba el difunto, y disipan muchas veces una parte de la misma herencia en lugar de aumentarla. La porcion que el fisco se lleva de ella, muy ciertamente se disipa, porque el Estado no la coloca reproductivamente. La prodigalidad, la impericia de muchos particulares que pierden una parte de sus capitales en empresas mal concebidas, necesitan contrapesarse con los ahorros de otros muchos. Todo contribuye á convencernos, de que en lo que toca á las acumulaciones, asi como para todo lo demas, es mucho menos peligroso dejar que vayan las cosas siguiendo su curso natural, que tratar de darlas una direccion forzada.

Dice usted (pág. 495), que en ciertos casos es contrario á los principios de una buena economía política aconsejar el ahorro. Vaya, amigo mio, convengamos, como ya tengo dicho, en que una buena economía política dá pocos consejos: ella muestra lo que acrecienta el poder de la industria un capital juiciosamente empleado, del mismo modo que una buena agricultura enseña lo que aumenta el poder del suelo un riego bien

dirigido: por lo demas deja al arbitrio de los hombres el aprovechamiento de las verdades que demuestra; y de estos pende valerse de ellas, segun su inteligencia y su capacidad.

Todo lo que se pide á un hombre tan ilustrado como usted, es que no propague el error popular de que la prodigalidad sea mas favorable á los productores que el ahorro (1). Harto inclinados somos á sacrificar el porvenir al presente! El principio de toda mejora es por el contrario un sacrificio de las tentaciones que instan en el momento actual, á nuestro bien-estar futuro. Este es el primer fundamento de toda virtud, y tambien de toda riqueza. El hombre que pierde su reputacion violando un déposito; el que arruina su salud por no ha-

(1) « Cuando en un pays hay mas capitales de lo que conviene, recomendar el ahorro es contrario á todos los principios de economía política: es lo mismo que si se recomendara el matrimonio á un pueblo que se muere de hambre." *Principles of political economy*, *pág.* 495.

¿ Cómo no advierte M. Malthus que el matrimonio es causa de que nazcan hijos y por consecuencia necesidades nuevas; al paso que los capitales no tienen necesidad ninguna, y por el contrario contienen en sí mismos los medios de satisfacerlas?

ber podido resistir á sus deseos; y aquel que hoy gasta los medios que tiene para ganar mañana, todos estos pecan igualmente contra la economía; y por esto se ha dicho con mucha razon, que el vicio, por ultimo resultado, no es mas que un cálculo mal hecho.

CARTA TERCERA.

Muy señor mio: hemos discurrido bajo la hipótesis de una libertad indefinida que permitiera á una nacion llevar tan adelante como quisiese todo género de producciones; y pienso haber probado que si esta hipótesis se realizara, aquella nacion podria comprar todo cuanto produgera. De esta facultad, y del deseo natural que tiene el hombre de mejorar siempre su suerte, naceria infaliblemente una multiplicacion infinita de indivíduos y de fruiciones.

Pero las cosas no van asi: por una parte la naturaleza, y por otra los vicios del orden social, han puesto límites á esta facultad indefinida de producir. El examen de estos obstáculos, haciéndonos volver al mundo real saliendo del hipotético, servirá de prueba á la doctrina sentada en mi Tratado de economía política, sobre que los obstaculos contrarios á la produccion, son los únicos que impiden la salida, la venta de los productos.

No me lisongeo de poder señalar todos los obstáculos que se oponen á la produccion: muchos de ellos se descubrirán sin duda al paso que la economía política haga nuevos progresos, y otros tal vez no se descubrirán jamás: mas esto no impide que se observen desde ahora algunos muy poderosos, ya en el orden natural, ya en el orden político.

En el orden natural, la produccion de los géneros alimentarios tiene ciertos límites mas rigorosamente prefijados que la produccion de los géneros que sirven para vestirnos y amueblarnos. Al mismo tiempo que los hombres necesitan, tanto en peso como en valor, de mayor cantidad de productos alimentarios que de todos los otros juntos, no podrian sacarse de muy lejos estos productos, por transportarse con dificultad, y exigir una custodia costosa. En cuanto á los que pueden prosperar en el territorio de la nacion, se encuentran límites que una agricultura mas adelantada y capitales mas crecidos, empleados en las operaciones agrícolas, pueden sin duda remover (1); pero

(1) Los principales obstáculos que se encuentran en Francia para la mejoría de la agricultura, son en

que no obstante deben encontrarse en alguna parte. *Arturo Young* cree que la Francia apenas produce ahora la mitad de los géneros

---

primer lugar, la residencia de los propietarios ricos y de los grandes capitalistas en las grandes ciudades, y particularmente en una capital inmensa: no pueden por esto enterarse bien de las mejoras á que podrian destinar sus fondos, ni tampoco atender debidamente al empleo que conviniera hacer para que se obtuviese el aumento de renta correspondiente. En segundo lugar, seria inutil que un canton distante y confundido en lo interior de las tierras, duplicara sus productos; pues apenas podrá deshacerse de lo que ya produce, por falta de caminos vecinales y de ciudades industriosas á una distancia proporcionada. Las ciudades industriosas consumen los productos rurales, y en cambio fabrican productos manufacturados, que conteniendo en menor volumen mayor valor, pueden transportarse á mas larga distancia. Estos son los principales obstáculos del fomento de la agricultura francesa. Canales de navegacion pequeños y multiplicados, juntamente con caminos vecinales bien mantenidos, darian valor á los productos rurales; pero para esto se necesitan administraciones locales escogidas por los habitantes, y que no se ocuparan mas que del bien del pays. La posibilidad de las salidas ya existe, pero no se hace lo que se debiera para gozarlas. Los administradores, escogidos conforme al interés de la autoridad central, se hacen casi todos agentes políticos ó fiscales, ó lo que es todavía peor, agentes de policía.

alimentarios que es capaz de producir (1). Supónga usted que diga verdad *Arturo Young*; suponga usted que con una agricultura mas adelantada recogiese la Francia duplicada cantidad de productos rurales sin tener mayor número de agricultores (2); entonces tendria 45 millones de habitantes que pudieran dedicarse á cualquier otra ocupacion diferente de las labores agrícolas. Sus productos manufacturados encontrarian mas salidas que ahora en el campo, respecto á que este seria mas productivo; y el excedente tendria salida tambien entre la misma poblacion fabricante. No estaria cada uno menos bien mantenido que ahora, y generalmente se hallarian todos mejor surtidos de efectos fabricados; habria mejores habitaciones y mas bien amuebladas, los vestidos serian mas finos, y se harian casi comunes objetos de utilidad, de instruccion

---

(1) Véase Francia, tom. II, pág. 98 de la edicion inglesa.

(2) Esta hipótesis es muy admisible, puesto que en Inglaterra las tres cuartas partes de la poblacion viven en las ciudades, y por consiguiente no se dedican á las labores del campo. Un pays que alimentara á 60 millones de habitantes podria pues estar muy bien cultivado por 15 millones de labradores, número que se reputa ser el de los de la Francia actual.

y de gusto que estan actualmente reservados para un cortísimo número de personas. Todo lo restante de la poblacion es todavía grosero y bárbaro.

Con todo eso, á proporcion que se aumentara la clase fabricante, serian los géneros alimentarios mas caros y mas solicitados con respecto á los productos de las manufacturas. Estas procurarian sacar beneficios y salarios mas cortos que desanimarian la produccion; y de este modo se vé cómo los límites que pone la naturaleza á las producciones agrícolas, se los pondria tambien á los productos manufacturados. Mas este efecto, como todo resultado natural y que se deriva de la fuerza de las cosas, se prepararia muy de antemano y traeria menos inconvenientes que cualquier otra combinacion posible.

Conviniendo en que la misma naturaleza tiene puestos estos límites á la produccion de los alimentos, é indirectamente á la de todos los demas productos, puede preguntarse de qué modo paises industriosísimos, como la Inglaterra, en donde los capitales abundan, y las comunicaciones son fáciles, se hallan detenidos por la falta de salida de sus mercaderías, mucho antes que sus

productos agrícolas hayan llegado al término de que no se puede pasar. ¿Hay algun vicio, algun mal oculto que les atormente?... Es probable que haya mas de uno, que irán descubriéndose sucesivamente. Ya percibo yo uno inmenso, funesto y digno de la mayor atencion.

Si ocurriera que cerca de cada empresa de comercio, de fabricacion ó de agricultura, viniese á fijarse un hombre, un agente del fisco; y que este hombre, sin contribuir en nada al mérito del producto, ni á su utilidad, ni á las calidades que han de hacerle desear y vender, concurriese sin embargo á aumentar su coste de produccion, dígame usted, ¿qué resultaria en este caso?

El precio que se le pone á un producto, aun cuando se tengan facultades para adquirirlo (1), depende del placer que se espera

(1) Los medios de adquirir que tiene cada uno provienen de su industria, de sus capitales y de sus tierras. Los consumidores que no tienen industria, capitales, ni tierras, gastan lo que sacan de los beneficios de los primeros. En todos los casos tiene sus límites la renta de cada uno, y aunque las personas que disfrutan una muy grande, puedan sacrificar mucho dinero por goces de poquisima substancia, es cierto sin embargo que cuanto mas caro es el goce, menos apego se le tiene.

sacar de él, y de la utilidad de que puede ser. A proporcion que el precio se levanta, deja de valer el gasto que ocasiona para muchos sugetos, y de este modo se disminuye el número de sus compradores.

Ademas de esto, no aumentando la imposicion los beneficios de ningun productor, y aumentando por el contrario el precio de la totalidad de los productos, ya no alcanzan las rentas de los productores para comprar los productos, desde el momento en que un accidente como el que acabo de indicar los hace encarecer.

Representémonos este efecto por números, á fin de seguirle hasta sus últimas consecuencias; pues bien vale el trabajo de un poco de atencion, si puede señalarnos una de las causas principales del mal que amenaza á todos los payses industriosos del globo. Ya la Inglaterra con sus angustias avisa á las demas naciones los tormentos que les están reservados; y estos serán tanto mas crueles, cuanto un temperamento robusto las provoca á todas mas ó menos á un desarrollo muy grande de industria. Si no se comprime este, resultarán de él efectos felicísimos, y convulsiones horrorosas en el caso contrario.

Si el empresario, productor de una pieza de tela, al mismo tiempo que distribuye entre sí mismo y sus colaboradores una suma de 120 reales por los servicios productivos que han concurrido á la formacion de la pieza, se vé ademas de esto obligado á pagar 24 reales al agente del fisco, será indispensable, ó que cese de fabricar telas, ó que venda la pieza á 144 reales (1). Pero estando la pieza á 144 reales, los productores que no han cobrado todos juntos de ella mas que 120, ya no pueden comprar sino las cinco sextas partes de esta misma pieza, que antes podian comprar entera; y aquel que compraba una vara de ella, ya no podrá consumir mas que cinco sesmas, sufriendo los otros proporcionalmente la misma disminucion.

El productor de trigo, que paga por su parte á otro recaudador una contribucion de 24 reales por un saco que cuesta 120 de servicios productivos, se vé obligado igualmente á vender su saco por 144 reales en lugar de 120. Y resulta de aqui, que tanto los productores de trigo como los produc-

(1) Si rebajaren en la calidad, es lo mismo que si la hicieran pagar mas caro.

tores de tela, ya tengan necesidad de esta, ya la tengan de trigo, no podrán con la ganancia que han sacado, adquirir mas de las cinco sextas partes de sus productos.

Siendo cierto este resultado respecto á dos productos recíprocamente, puede serlo en general respecto á todos los productos. Sin mudar el estado de la cuestion, podemos suponer que los productores, cualquiera que sea la produccion á que esten dedicados, tienen succesivamente necesidad de bebidas, de géneros equinocciales, de alojamientos, de diversiones, de obgetos de lujo ó de necesidad: y siempre encontrarán estos productos tan caros que no puedan pagarlos de sus rentas actuales, segun el rango ó clase que ocupen entre los productores: últimamente, en la hipótesis que nos sirve de egemplo, resultará siempre que una sexta parte de los productos quede sin venderse.

Verdad es que á alguno van los veinte y cuatro reales sacados por el recaudador, y que las personas que este representa (empleados públicos, militares, ó rentistas) pueden emplear aquel dinero en adquirir la sexta parte restante, ya sea del saco de trigo, ya sea de la pieza de tela, y de cualquier otro producto; y efectivamente lo ha-

cen. Pero observe usted que este consumo no se hace sino á expensas de los productores; y que si consume una sexta parte de los productos el recaudador, ó sus comitentes, se hace de este modo á los productores alimentarse, vestirse, y por último vivir, con las cinco sextas partes de lo que producen.

Esto se confesará, pero se dirá al mismo tiempo que cada uno puede vivir con las cinco sextas partes de lo que produce. Yo lo diré tambien si se quiere; pero preguntaré despues, ¿si se piensa que el productor viviria del mismo modo, cuando, en vez de una sexta parte, vinieran pidiéndole dos, ó el tercio de su produccion? No: pero aun podria vivir. ¡Ola! usted cree que aun podria vivir. Pues entonces pregunto, ¿si podria vivir tambien sacándole las dos terceras partes... luego las tres cuartas partes..? mas observo que ya no se me responde.

Ahora, amigo mio, presumo que se entenderá facilmente mi respuesta á sus mas fuertes objeciones de usted, y á las de M. *de Sismondi.* Si es bastante crear productos nuevos, dice usted, para poderlos consumir, ó trocarlos por otros que sobran, y de este modo proporcionar salida á todos, ¿por

qué no se crean? ¿Es por falta de capitales? No: pues abundan; se andan buscando empresas en que emplearlos con utilidad, y es seguro que no las hay, dice usted (pág. 499): que todos los géneros de comercio estan yá obstruidos de capitales y de trabajadores, que todos ofrecen sus productos á menos precio, dice M. *de Sismondi* (1).

Yo no pienso que dedicarse á las artes útiles sea tomar una ocupacion falaz ó perjudicial; pero convengan ustedes, señores, en que si llegara á serlo, el efecto no sería otro que ese mismo de que se quejan. Para comprar los productos que sobran, se necesitaria crear otros productos: mas si la condicion de los productores estuviese demasiado abatida; si habiendo presentado medios de produccion suficientes para producir un buey, resultase al cabo un producto equivalente á un carnero, y si por medio del combio de este carnero por cualquier otro producto, no se hallara mayor cantidad de utilidad que la que él contiene en sí mismo, ¿quién es el que querria producir con tanto perjuicio? Los que se hubiesen empleado en

(1) *Nuevos principios*, lib. IV, cap. 4.

la produccion, habrian hecho mal negocio; habrian hecho una anticipacion que no podria luego reembolsarse con la utilidad de su producto; y cualquiera que hiciese la locura de crear otro producto para comprar aquel, tendria que luchar con los mismos inconvenientes, y se quedaria igualmente empantanado. El partido que podria sacar de su producto, no le indemnizaria de sus gastos, ni tendria mas valor lo que pudiese comprar con este producto. Entonces es cuando el operario, no pudiendo ya vivir de su trabajo, vuelve á hacerse una carga de su parroquia (1); y entonces tambien el empresario, no pudiendo ya subsistir de sus beneficios, renuncia el egercicio de su industria. Este comprará rentas, ó si no, se irá á otro pays buscando mejores condiciones, un trabajo mas lucrativo, ó, *lo que exactamente equivale á lo mismo*, una produccion que

(1) El operario no puede trabajar de un modo constante, sino cuando su trabajo le rinde lo necesario para subsistir; y si su subsistencia es demasiado cara, ya no le tiene cuenta á ningun empresario el emplearle. Entonces puede decirse, en economía política, que el operario ya no *ofrece* su trabajo productivo, aunque lo ofrezca con las mas vivas instancias; puesto que esta oferta no es aceptable bajo las únicas condiciones permanentes con que puede hacerse.

ocasione menos gastos (1). Si encontrara allí otros inconvenientes, saldría tambien á buscar otro teatro en que egercer su talento; y veríamos rechazarse los diferentes payses unos á otros sus capitales y sus trabajadores, que es decir, lo que basta para levantar al mas alto grado la prosperidad de las sociedades humanas, cuando estas conocen sus verdaderos intereses y saben valerse de ellos. Yo no me adelantaré hasta señalar las

---

(2) M. *Ricardo* pretende que á pesar de los impuestos y otras trabas, hay siempre tanta industria como capitales empleados, y que todos los capitales que provienen de ahorros, se emplean en algo, porque nadie quiere perder el interés de ellos. Sin embargo son muchos los ahorros que no se colocan por la dificultad del buen empleo, ó que estando colocados, se disipan en una produccion mal calculada. Por otra parte, arguye contra M. *Ricardo* lo que nos sucedió á nosotros por el año de 1813, en que las faltas del gobierno arruinaron todo comercio, y tanto decayó el interés del dinero por falta de empleos buenos: y tambien desmiente su doctrina lo que nos está sucediendo en el dia, que los capitales yacen en el hondo de los cofres de los capitalistas. Solo el banco de Francia tiene en sus cajas 223 millones de pesetas en especies metálicas: suma doble de la que importan sus cédulas circulantes, y seis veces mas considerable que la que le aconsejaria retener la prudencia para los reembolsos eventuales.

partes de este cuadro que representan al vivo el pays de usted, ú otro cualquiera; pero le someto todo entero á su examen y al de los hombres de buena fé, al de todos los que tengan intenciones sanas, y quieran fundar su tranquilidad en el bien estar de la parte interesante, laboriosa y útil del linage humano.

¿Por qué los salvages del nuevo mundo, cuya precaria subsistencia depende del acierto de un flechazo, no quieren construir aldeas, ni cerrar terrenos y cultivarlos? porque este genero de vida exige un trabajo penoso y permanente. Verdad es que se equivocan, y calculan mal; porque las privaciones que sufren, son mucho peores que las incomodidades de la vida social bien entendida. Pero si esta vida social fuese la de una galera, en donde se necesitara remar con todas sus fuerzas 16 horas de las 24 del dia, para que pudiesen los hombres ganar un pedazo de pan que no alcanzase á su preciso sustento, serian ciertamente disculpables, no teniéndola amor. Luego todo lo que hace mas penosa la situacion del productor, del hombre esencial de las sociedades, se dirige á destruir el principio de vida del cuerpo social; á uniformar un pueblo civilizado con

un pueblo salvage; á traer un orden de cosas por el cual se produce menos y se consume menos, y á destruir la civilizacion, que es tanto mas grande cuanto se produce mas y se consume mas. Usted observa en varios lugares que el hombre por naturaleza es indolente, y que le conoce mal « quien supone que querrá consumir siempre todo lo que será capaz de producir. (pág. 5o3)." Tiene usted razon, y no digo yo otra cosa cuando asiento que la utilidad de los productos no vale ya los servicios productivos al precio que está uno obligado á pagarlos.

Usted mismo parece haber reconocido esta verdad, diciendo en otra ocasion (pág. 342) lo que sigue: « un impuesto puede poner término á la produccion de una mercadería, sino hay nadie en la sociedad que pueda prestarse á dar por ella un precio conforme á las dificultades de su produccion. Y este vicio intrínseco, (de haber costado mas de lo que vale en gastos de su produccion) lo llevará la mercadería en sí misma al cabo del universo. En todas partes será demasiado cara para valer lo que cuesta, porque en todas será indispensable pagarla con servicios productivos de igual valor á los que ella ha costado.

Otra consideracion que tampoco debe despreciarse es, que los gastos de produccion, no solo crecen por la multiplicacion de derechos y por la carestía de todo, sino tambien por los usos que resultan de un orden político vicioso. Si los progresos del lujo y de los grandes emolumentos; si la facilidad de obtener ganancias ilegítimas por medio del favor en los suministros y en las operaciones de hacienda pública, obligan al fabricante, al mercader y al productor verdadero, para mantenerse como les corresponde en la sociedad, á reclamar beneficios desproporcionados con los servicios que hacen á la produccion; entonces estos otros abusos concurrirán á aumentar por otras causas los gastos de produccion, y consiguientemente los precios de los productos, hasta exceder de su utilidad real. Con esto se disminuye mas y mas el consumo, siendo preciso para adquirirlos, emplear servicios productivos con demasía en la creacion de otro producto, y meterse en gastos de produccion harto considerables. Considere usted ahora, amigo mio, el mal que se hace promoviendo expensas inútiles, y multiplicando los consumidores improductivos.

Lo que prueba en cuánto grado los gas-

tos de produccion presentan un obstáculo real, contrario á la venta, es el rápido despacho de un obgeto que se abarata por resultas de haberse encontrado algun medio mas pronto y económico de produccion. Si por esta causa se rebaja una cuarta parte de su precio anterior, se duplica en seguida la cantidad de lo que puede venderse del mismo obgeto; y es porque entonces lo adquieren todos con menos trabajo, ó por menos gastos de produccion. Cuando en fuerza del sistema continental se necesitaba pagar por cada libra de azucar 20 reales, aplicados, fuese á la produccion de la misma azucar, ó fuese á la de cualquier otra mercadería que se permutase por ella, la Francia no podia emplear en azucar mas de 14 millones de pesetas (1). Ahora que está mas barato este género, consumimos al año por valor de 80 millones de francos, lo que corresponde á cerca de tres pesetas por persona. En la Isla de Cuba que está el azucar toda-

(1) Vease el informe sobre la situacion de la Francia en 1813 del ministro de lo Interior de aquella época, no obstante que tenia interés en disimular esta disminucion de comercio.

vía mas barata, cada persona libre consume por mas de 30 pesetas (1).

Sepamos, pues, asentir á una verdad que nos estrecha por todas partes, y es que echar impuestos exorbitantes con la concurrencia de una representacion nacional, real ó ilusoria, ó sin ella, es aumentar los gastos de produccion, sin aumentar la utilidad de los productos, ni la satisfaccion que los consumidores pueden sacar de ellos; es como multar á la produccion, A LO QUE CONSTITUYE LA EXISTENCIA DE LA SOCIEDAD. Mas como entre los productores hay algunos mejor situados que los otros para echar sobre estos la carga que resulta de ciertas circunstancias, estas mismas se hacen mas onerosas á unas clases que á otras. Un capitalista puede con frecuencia apartar su capital de un empleo para dedicarlo á otro, ó enviarlo á un pays estrangero. El empresario de una industria suele tener tambien bastante fortuna para suspender sus trabajos durante algun tiempo: y así el capitalista y el empresario muchas veces no dejarán de dar la ley en las condiciones, al mismo

(1) Humbolt: *Ensayo sobre la nueva España*: tom. 3, pág. 183.

tiempo que el operario está obligado á trabajar constantemente y á cualquier precio, aun cuando la produccion no le rinda para vivir. Vea usted cómo los gastos excesivos de produccion reducen en ciertas naciones á varias clases de ciudadanos á no consumir sino lo mas preciso para su existencia, y á las últimas clases á perecer de necesidad. Con que, segun usted mismo (1), ¿no es este el mas bárbaro y funesto de todos los medios de disminuir el número de los hombres (2)?

---

(1) Véase el *Tratado sobre la poblacion*, de *Malthus*, lib. II, cap. 11 de la traduccion francesa, y cap. 13 de la quinta edicion inglesa.

(2) M. Malthus, persuadido siempre de que hay clases que sirven á la sociedad por la única causa de que consuman sin producir, tendria por una calamidad el que se pagase á los prestamistas de la Inglaterra totalmente, ó una parte muy grande de la deuda pública. Yo pienso muy al contrario que esta operacion seria ventajosísima á aquel pais, respecto á que entonces hallándose reembolsados los acreedores del Estado, tratarian de proporcionar algun otro rédito á sus capitales; los contribuyentes expenderian los 40 millones de esterlinas que pagan ahora á los acreedores del Estado; todos los productos se pondrian mas baratos, rebajándose del impuesto actual 40 millones de esterlinas; el consumo por la misma razon se alargaria con-

Aquí se presenta otra obgecion que parece la mas fuerte, porque se apoya en un egemplo que impone respeto. En los Estados-Unidos no tiene muchas trabas la produccion, los impuestos son llevaderos; y no obstante allí como en otras partes sobran las mercaderías, y no cuentran salida para ellas los comerciantes. « Estas dificultades, dice usted (pág. 798), no podrian atribuirse al cultivo de malas tierras, á las ataduras de la industria, ni al exceso de los impuestos. Alguna otra cosa, pues, independiente de la facultad de producir, se requiere para el aumento de las riquezas. »

Pues mire usted, todavía creo yo que *la facultad de producir*, á lo menos por de pronto, es lo que les falta á los Estados-Unidos, para que los americanos puedan disponer ventajosamente de los productos superabundantes de su comercio.

La situacion dichosa de aquel pueblo, que durante una guerra larga ha gozado casi siempre las ventajas de la naturalidad, ha

---

siderablemente; los operarios encontrarian trabajo, en lugar de los sablazos que les tocan cada dia; y por cierto que todos estos resultados no me parece que pudieran inquietar á los amantes del bien público.

inclinado con demasía su actividad y sus capitales al comercio exterior y marítimo. Los americanos son intrépidos; navegan por poco dinero; en los viages largos han introducido maniobras que los acortan, los hacen menos costosos, y corresponden á la perfeccion sucesiva de las artes que disminuye los gastos de la produccion; en fin, los americanos se han atraido todo el comercio marítimo que no han podido hacer los ingleses, y ellos son los que por espacio de muchos años han servido de mediadores entre todos las potencias continentales de la Europa y lo restante del mundo. Todavía han sido mas felices que los ingleses, donde se han hallado en concurrencia con ellos, como en la China.

¿Qué ha resultado de todo esto? Una abundancia excesiva de aquellos productos que proporciona la industria comercial y marítima; y luego que la paz general ha vuelto á franquear los mares, los navíos franceses y holandeses se han echado con una especie de furor en medio de la carrera que acababa de abrírseles. No sabiendo el estado en que estaban las naciones de ultramar, sin conocimiento de su agricultura, de sus artes, de su poblacion, y de sus re-

cursos para comprar y consumir, estos navíos salvándose de una larga opresion, han llevado á todas partes con profusa abundancia los productos del continente europeo, discurriendo que las demas regiones del globo, que estaban privadas de ellos mucho tiempo había, los recibirian con ansia.

Pero para comprar este suplemento extraordinario, se hubiera necesitado al mismo tiempo que aquellas otras regiones por su parte hubiesen podido crear al momento productos extraordinarios; porque, vuelvo á repetir la dificultad no depende de consumir en Nueva-York, en Baltimore, en la Habana, en Rio-Janeiro, ó en Buenos-Ayres mercaderías de la Europa: en todas estas partes las consumirian de muy buena gana si pudieran pagarlas. Los europeos pedian en pago algodones, tabacos, azucar, arroz; y el mismo pedido hacia subir el precio de estos géneros: y como por mas caros que estuviesen, y por mas que escasease el dinero, que es una mercadería tambien, era preciso tomar uno ú otro, ó volverse sin pago, estas mismas mercaderías, escaseando cada dia mas en los lugares de su origen, se hacian mas abundantes en Europa, y han acabado por serlo demasiado para venderse

bien, aunque el consumo de la Europa se haya aumentado mucho despues de la paz. De estas causas procede el que no hayan sido ventajosos los retornos que hemos visto últimamente. Pero supongamos por un momento que tanto los productos territoriales como los fabricados de la América del norte y de la América del sur repentinamente hubiesen sido muy considerables al tiempo que se hizo la paz; en este caso sus poblaciones mas copiosas y mas productivas hubieran comprado fácilmente todo cuanto hubiesen llevado allá los europeos, y estos hubieran recibido á precio cómodo retornos ricos y variados.

En cuanto á los Estados-Unidos, este efecto se realizará, sin que me quede la menor duda, luego que puedan agregar á los objetos permutables que les proporciona su comercio marítimo (1), mayor cantidad de sus productos territoriales (2), y quizás tam-

(1) Los productos comerciales que los Estados-Unidos nos suministran en cambio, son: azucar de la India, de la China y de la Habana, café, té, mahones, añil, gengibre, ruibarbo, canela, seda en crudo, y pimienta.

(2) Los productos que sacamos de su territorio y de sus artes, son: algodon, tabaco, potasa, arroz, aceyte de ballena, y palo de tinte.

bien algunos productos fabricados. Su cultivo se extiende, sus fabricas se multiplican, y por una consecuencia natural la poblacion va tomando con rapidez un incremento asombroso. Al cabo de pocos años, el conjunto de sus industrias formará una masa grande de productos, entre los cuales hallarémos mas artículos de retorno favorable, ó por lo menos otros aprovechamientos de que los americanos emplearán parte en comprar mercaderías europeas.

A los Estados-Unidos se llevarán aquellas que sepamos nosotros hacer á menos costa, y traerémos las que el suelo y la industria de los americanos produzcan por menor precio que otros. La naturaleza de los pedidos determinará la naturaleza de las producciones; cada nacion se empleará en multiplicar los productos que haga con mas acierto, esto es, con menos gastos de produccion; y de esta actividad resultarán permutas ventajosas para todos y de un modo permanente. Mas estas mejoras comerciales piden algun tiempo: el talento y la experiencia que exigen las artes, no se adquieren en pocos meses; se necesitan años. Despues de varias tentativas felices é infelices sabrán los americanos cuáles son

los productos fabricados que pueden sacar con mas acierto (1); y entonces ya no se les deberá llevar de aquellos artículos; pero los beneficios que encuentren en esta produccion, les proporcionará la facultad de comprar otros productos europeos.

Por otra parte, las empresas de cultivo territorial, por mas grande y rápida extension que tome este, no pueden sino muy lentamente proporcionar con sus productos salidas á los productos de la Europa. A proporcion que se dilatan el cultivo y la civilizacion allende los montes Apalaches, en el Kentuky y en los territorios de Indiana y de los Ilineses, las primeras ganancias que se sacan, es preciso destinarlas á la manutencion de los colonos que se traen de los estados de poblacion mas antigua, y á la construccion de sus alojamientos. Atendidas

---

(1) Los trabajos fabriles que un pueblo nuevo puede egecutar con mas suceso, son de ordinario aquellos que consisten en preparar las materias propias de su suelo ó de un comercio poco costoso. No es probable que los Estados-Unidos lleguen á suministrar paños á la Europa; pero tal vez la proveerán pronto de tabacos compuestos, de azucares refinadas, y quien sabe si no llegarán á hacer tambien telas de algodon mas baratas que las de Inglaterra.

estas primeras necesidades, los beneficios que quedan se emplean en extender los desmontes; y si todavía hay algun sobrante, en la egecucion de productos fabriles para el consumo local: de manera que los ahorros de cuarto orden son los únicos que se aplican á manipular y transformar los productos del suelo propio para consumo de otros pueblos. Solo entonces pueden los estados nuevos principiar á ofrecernos á los europeos alguna salida de nuestros géneros; pero claro está que de nada nos pueden valer durante su infancia, y mientras su poblacion no haya tenido tiempo de fijarse, estenderse y sacar productos territoriales bastante copiosos para hallarse en la necesidad de permutar su valor por otros de otros, de otra clase ó de otro suelo. Entonces, por el natural progreso de las cosas, los pueblos en lugar de transportar productos en bruto, transportan aquellos en que ya han podido hacer algunas modificaciones, y por lo mismo tienen mayor valor bajo menor volumen, y pueden soportar mejor los gastos de una larga travesía. Estos productos nos llegarán á su tiempo por la *Nueva Orleans*, ciudad que está destinada á ser algun dia uno de los depósitos mas grandes del mundo.

Pero todavía no hemos llegado á este punto; y asi no es extraño que las producciones de los Estados-Unidos no hayan podido ofrecer salidas análogas al impulso comercial que se ha sentido en Europa despues de la paz. ¿Cómo podemos admirarnos siquiera de que los productos mercantiles, traidos por los mismos americanos á sus puertos de resultas de una excesiva propension á la industria náutica, sean muy superiores á su propio consumo?

Ya vé usted, amigo mio, que este hecho no es sino muy conforme á la doctrina que profesan sus antagonistas.

Ahora volviendo á la penosa situacion que experimentan en Europa todos los ramos de industria, podría añadir al desaliento resultante de los gastos de produccion excesivamente multiplicados, los desórdenes que semejantes gastos introducen en la produccion, en la distribucion y el consumo de los valores producidos; désordenes que traen muchas veces al mercado cantidades superiores á las necesidades, alejando de él las que podrian venderse, y cuyo precio emplearían los vendedores en la compra de las primeras. Algunos productores aspiran á recobrar, por la cantidad de lo que producen,

una parte del valor de lo que devora el fisco. Hay tambien ciertos servicios productivos que logran substraerse del ansia de los agentes del fisco, como muchas veces sucede respecto al servicio de los capitales, los cuales suelen continuar rindiendo los mismos intereses, al paso que las tierras, las casas y las manufacturas se hallan recargadas con exceso. Un operario que penosamente puede sustentar su familia, repara alguna vez mediante un trabajo excesivo el perjuicio del bajo precio de las hechuras. ¿No es esta tambien una de las causas que alteran el orden natural de la produccion, y obligan á producir mas de lo que se hubiera producido consultando únicamente las necesidades de los consumidores? No todos los obgetos de nuestro consumo son igualmente necesarios: y asi antes que uno reduzca á la mitad su consumo de trigo, se reduce á una cuarta parte del consumo de carne, y se abstiene enteramente del consumo de azucar. Hay capitales de tal modo empeñados en ciertas empresas, particularmente en las fabricas, que muchas veces sus empresarios se resignan á perder los intereses, á sacrificar los beneficios de su propia industria, y continúan trabajando tan solo por

sostener la empresa hasta otra época mas favorable, y por no perder el fondo de ella: otras veces porque temen perder buenos operarios, que la suspension de la obra obligaría á dispersarse; y últimamente, hay circunstancias en que la humanidad de los empresarios es la única causa de continuar una fabricacion á que ya no corresponden las necesidades. De esto resultan desórdenes en la série de la produccion y del consumo, mas graves todavía que los que nacen de la barrera de las aduanas y de la vicisitud de las estaciones. De esto resultan tambien producciones inconsideradas, récursos á medios ruinosos, y comercios enteramente perdidos.

Observaré al mismo tiempo, que aunque el mal sea grande, puede parecer todavía mayor de lo que es. Las mercaderías que abundan con exceso en los mercados del universo, pueden chocar á la vista por su masa, amedrentar al comercio por el envilecimiento de sus precios, y con todo eso no ser mas que una parte muy pequeña de las mercaderías hechas y consumidas de cada género. No hay un almacen que no se vaciara en poco tiempo, si toda especie de produccion de la mercancía que contiene

llegase á cesar simultáneamente en todos los lugares del mundo. Se ha observado tambien, que por poco que excedan las remesas á las necesidades, esto basta para alterar considerablemente los precios: y es justa la observacion que se halla en el Espectador de *Addisson* (n°. 200), que es bastante exceda la cosecha de granos en una décima parte á su consumo ordinario, para que estos bajen á una mitad de precio. *Dalrymple* (1) hace otra observacion muy análoga á estas. No se extrañe, pues, que un corto excedente se haya representado muchas veces como una superabundancia excesiva.

El aprecio de esta superabundancia, como ya he indicado, depende tambien de la falta de conocimiento que suelen tener los productores ó los comerciantes de la naturaleza y la estension de las necesidades de los lugares á donde envian mercaderías. Durante estos últimos años se ha aventurado un gran número de especulaciones, porque habia muchas relaciones nuevas entre diferentes naciones. En todas partes faltaban datos de aquellos que deben tenerse presentes para hacer un buen cálculo; pero de que muchos

(1) Considerations on the policy of entails, pág. 14.

negocios se hayan hecho desgraciadamente por esta causa, ¿se sigue que fuese imposible hacerlos con mas fortuna teniendo mayor instruccion? Me atrevo á pronosticar, que al paso que las nuevas relaciones se harán mas antiguas y se apreciarán mejor las necesidades recíprocas, cesarán en todas partes los atascamientos de mercaderías, y se establecerán relaciones permanentes de mútua utilidad.

Pero al mismo tiempo conviene disminuir por grados, y en cuanto lo permitan las circunstancias de cada estado, los inconvenientes generales y permanentes que nacen de una produccion costosa con demasía. Es necesario persuadirse bien de que cada uno venderá con tanta mayor facilidad sus productos, cuanto mas ganaren en ellos los otros hombres; que no hay mas que un solo camino para ganar, el cual es producir, bien sea por su trabajo, ó por el de los capitales y tierras que se poseyeren; que los consumidores improductivos no son sino hombres sustituidos á los consumidores productivos; que cuantos mas productores hay, mayor es el número de los consumidores; y que por la misma razon, toda nacion se interesa en la prosperidad de las demas, y todas se

interesan en tener juntamente las comunicaciones mas fáciles, porque cualquier dificultad equivale á un aumento de gastos.

Esta es la doctrina sentada en mis escritos, y que confieso á usted, no me parece que hasta ahora haya podido nadie contrastarla. He tomado la pluma para defenderla, no porque es mia (¿qué significa cerca de intereses tan grandes un miserable amor propio de autor?), sino por ser social en sumo grado, por mostrar á los hombres la fuente de los bienes verdaderos, y apartarles de los medios de agotarla. Lo demas de esta doctrina no es menos útil en cuanto á que nos enseña que los capitales y las tierras no pueden producir sin ser antes propiedades respetadas; que el pobre mismo tiene interés en defender la propiedad del rico; que por consiguiente está interesado en el mantenimiento del buen orden, porque una subversion que pudiera proporcionarle alguna ganancia pasagera, le privaría de una renta permanente. Cuando se estudia la economía política como merece estudiarse; cuando una vez se ha notado en el discurso de este estudio que las verdades mas útiles estriban en los principios mas ciertos, nada nos interesa tanto como poner estos

principios al alcance de todas las inteligencias. No aumentemos sus dificultades naturales por medio de abstracciones inútiles, ni volvamos á dar en la ridiculez de los económicos del siglo 18 con sus discusiones interminables sobre el *producto neto de las tierras*: describamos con exactitud cómo se practican los hechos, y mostremos sencillamente cómo se encadenan; entonces tendrán nuestros escritos una utilidad *práctica* muy grande, y el público estará lleno de reconocimiento á los escritores que como usted tienen tantas luces para ilustrarle.

CARTA CUARTA.

Mui señor mio: en vano he buscado en los *Principios de economía política* de usted cosa que pudiese fijar las opiniones del público acerca de las máquinas, y respecto á los métodos abreviados en general, que aligeran en las artes la hechura, y multiplican los productos sin aumentar los gastos de produccion. Deseaba hallar en esta obra principios determinados, formas rigorosas de raciocinio, de aquellas que exigen el convencimiento, y á las cuales tiene acostumbrado al público el *Tratado sobre la poblacion;* pero no he encontrado la misma seguridad que en este, examinando los citados *Principios*.

Paréceme, (viéndome reducido á emplear algunas veces esta fórmula despues de haber leido las demostraciones de usted); paréceme que todas las ventajas atribuidas por usted á las máquinas, y generalmente á los medios expeditos de producir, se ciñen á la de multiplicar los productos, de tal modo que aun cuando baje su valor ve-

nal, la suma de su total valor exceda á lo que era todavía antes de hallarse el método perfeccionado (1). Es indisputable la ventaja que usted señala; y ya se habia reparado que el valor total de las mercaderías de algodon, asi como el número de los operarios ocupados en esta industria, se habian aumentado notablemente desde la introducion de los medios expeditos. Otra observacion análoga estaba hecha tambien respecto á la prensa de imprimir: máquina empleada en la multiplicacion de los libros, cuyo producto ocupa actualmente, sin contar con los autores, á un número

(1) « Inventada una máquina que trayendo algun ahorro en las hechuras, ocasiona baja de precio en las mercaderías, el efecto ordinario es un aumento de pedidos, de tal naturaleza que el valor total de la masa de mercadería hecha por este método, exceda mucho al valor total que tenia antes la misma mercadería, y se aumente mas bien que se disminuya el número de los operarios empleados en su fabricacion. » Malthus: *Principios de economía política* pág. 402.

« Pero debemos convenir en que la ventaja principal resultante de la sustitucion de las máquinas al trabajo de brazos, depende de la extension que toma el despacho, y del fomento que de ella resulta en el consumo; pues sin eso la ventaja de esta sustitucion casi se desvaneceria. (pág. 412).

mucho mayor de personas industriosas, que en el tiempo en que los libros se copiaban de mano, y que vale mucho mas en suma que cuando los libros estaban mas caros.

Pero esta ventaja cierta y realísima no es mas que una de las muchas que han encontrado las naciones en el empleo de las máquinas. No tiene ella relacion sino con ciertos productos, cuyo consumo era susceptible de bastante incremento para contrapesar la disminucion de su precio; al paso que en la introducion de las máquinas hay una ventaja comun á todos los métodos económicos y expeditos en general: ventaja que se percibiria, aun cuando el consumo del producto no fuese por su naturaleza susceptible de incremento, y ventaja que debia rigorosamente apreciarse en unos *Principios de economía política*. Perdone usted si para hacerme entender, tengo que inculcar algunas nociones elementales.

Las *máquinas y los instrumentos* son uno y otro productos que inmediatamente despues de su produccion se colocan en la clase de los capitales, y se emplean en la formacion de otros productos. La única diferencia que hay entre máquinas é instrumentos, es que las primeras son unos instrumentos

complicados, y que los instrumentos son unas máquinas muy sencillas. Como no existen instrumentos ó máquinas que engendren fuerza, los debemos considerar tambien como medios de transmitir una accion; una fuerza viva de que disponemos, en un obgeto que ha de ser modificado. De este modo el martillo es un instrumento, por cuyo medio empleamos la fuerza muscular de un hombre para adelgazar en ciertos casos una lámina de oro; y los martinetes de una herrería grande son del mismo modo instrumentos por medio de los cuales empleamos un chorro de agua en adelgazar las barras de hierro.

El empleo de fuerza gratúita que nos es suministrada por la naturaleza, no le quita á una máquina su naturaleza de instrumento. La pesadez multiplicada por la velocidad, que hace la potencia del martillo de un batidor de oro, no es menos una potencia física de la naturaleza, que la pesadez del agua que cae de una montaña.

¿Qué es toda nuestra industria, sino un empleo mas ó menos bien entendido de las leyes de la naturaleza? *Obedeciendo á la naturaleza*, dice Bacon, *es como se aprende á mandarla.* ¿Qué diferencia vé usted entre

agujas de hacer calceta y un telar para hacer medias, sino es que este último sea un instrumento mas complicado y mas poderoso que las agujas, pero que por otra parte emplea con mas ó menos ventaja las propiedades del metal y la potencia de la palanca, para fabricar los vestidos con que cubrimos nuestros pies y nuestras piernas?

Luego la cuestion se reduce á esto: ¿es ventajoso para el hombre poner en la punta de sus dedos un instrumento mas poderoso, capaz de hacer mayor cantidad de obra, ó de hacerla mejor, mas bien que un instrumento todavía grosero é imperfecto con el cual se trabaja mas lentamente, con mayor pena y peor?

Pensaría ultrajar á la buena razon de usted y á la de nuestros lectores, si dudara un instante de la respuesta.

La perfeccion de nuestros instrumentos está unida á la perfeccion de nuestra especie, y ella presenta la diferencia que se advierte entre nosotros y los salvages de los mares australes, que tienen hachas de pedernal, y agujas para coser formadas con espinas de pescado. Ya no le es permitido al que escribe de economía política, querer ceñir la introduccion de los medios que el

acaso ó el numen pusieren en nuestras manos; y aun haciéndolo con el obgeto de conservar mayor cantidad de trabajo á nuestros operarios. El tal se expondría á que empleasen todos sus raciocinios en probarle que debiéramos, volviendo atras en lugar de ir adelante por la carrera de la civilizacion, renunciar sucesivamente al uso de los descubrimientos que tenemos hechos, y dejar nuestras artes todavía mas imperfectas, para multiplicar nuestras incomodidades, disminuyendo nuestros placeres.

No hay duda que tiene inconvenientes el pasar de un orden de cosas á otro, aunque sea de uno muy imperfecto á otro mejor. ¿Qué hombre de juicio querria derribar de un golpe todas las trabas que atan á la industria, y las aduanas que separan á las naciones, aun siendo tan perjudiciales para su prosperidad? En estos casos el deber de las personas instruidas, no consiste en sugerir motivos para alejar y proscribir toda especie de mutacion, só pretexto de los inconvenientes que trae consigo; sino en apreciar estos inconvenientes, en indicar los medios factibles de alejarlos, siendo posible, ó disminuirlos, á fin de facilitar la adopcion de una mejoría deseable.

El inconveniente en esta ocasion es una mudanza de renta, mas ó menos penosa, cuando es inopinada, para la clase que vé disminuirse la suya. La substitucion de las máquinas disminuye (algunas veces, no siempre) la renta de aquella clase cuyo fondo consiste en facultades corporales y de sus manos, para aumentar la renta de la otra clase cuyo fondo consiste en facultades intelectuales y en capitales. Me explicaré en otros términos; las máquinas expeditas y prontas, siendo por lo general complicadas, exigen capitales mas considerables: por consiguiente obligan al empresario que las emplea á comprar mas de lo que hemos llamado nosotros *servicios productivos de los capitales*, y á comprar menos de lo que llamamos *servicios productivos de los operarios*. Al mismo tiempo, como exigen su direccion general y particular mas combinaciones tal vez y una multiplicacion de negocios mas permanente y considerable, reclama mayor porcion de aquel género de servicios productivos que causa la renta de los empresarios. Una hilandería de algodon con un torno sencillo, como se veían muchas entre las familias de la Normandía, á penas merece el nombre de empresa; al paso que una hilandería de al-

godon por mayor, es una empresa de grande consideracion.

Pero el mas importante efecto, aunque tal vez el menos sentido, que proviene del empleo de las máquinas y en general de cualquier metodo abreviado, es el aumento de renta que les resulta á los consumidores de sus productos; aumento que no cuesta nada á nadie, y que merece que nos detengamos á hacer alguna explicacion sobre él.

Si entre nosotros se moliera el trigo, como se molía entre los pueblos de la antiguedad, á fuerza de brazos, presumo que á penas bastarían veinte hombres para moler la cantidad de harina que se puede moler en nuestros molinos con un par de piedras. Estos veinte hombres, en las cercanías de Paris, estando ocupados constantemente, costarían cuarenta pesetas cada dia; y en trescientos dias de trabajo, durante el año costarían al mismo respecto . . . . 12,000 fr.

La máquina y las muelas costarian 20,000 francos, poco mas ó menos, cuyo interés anual seria de 1,000

No es regular que entrase na-

13,000 fr.

13,000 fr.

die en una empresa semejante si no le dejase al año cerca de. . . . . 3,000.

De este modo la confeccion de la harina que puede obtenerse de un par de muelas en un año,

vendría á costar. . . . . 16,000 fr.

En vez de este gasto, puede hoy encontrar un molinero quien le arriende un molino de una vuelta por. 2,000

Pagará á su criado. 1,000

Y suponiendo que el molinero gane por su inteligencia y su trabajo. 3,000

La misma cantidad de harina

puede hacerse por. . . . . 6,000 fr.

Ahorrandose 10,000 francos de lo que hubiera costado siguiéndose todavía el método de los antiguos.

La misma poblacion puede alimentarse, respecto á que el molino no disminuye la cantidad del trigo molido: los beneficios ganados por la sociedad alcanzan tambien para pagar los nuevos productos; porque

luego que hay por 6,000 francos de gastos de produccion pagados, hay por 6000 francos de beneficios ganados: y goza la sociedad de esta ventaja esencial, que los hombres que la componen, cualesquiera que sean sus medios de existencia ó sus rentas, bien vivan del producto de su trabajo, de el de sus capitales, ó de el de sus tierras, reducen la porcion de su gasto consagrado á pagar la hechura de la harina, en la proporcion de 16 á 6, ó de los cinco octavos. Y asi aquel que gastase ocho pesetas al año en razon de su sustento, ya no gasta mas de 3, lo que exactamente equivale á un aumento de renta: porque los 5 francos ahorrados en este obgeto, han podido emplearse en cualquier otro. Si igual perfeccion se hubiera logrado respecto á todos los demas productos en que empleamos nuestras rentas, estas hubieran tenido ciertamente el mismo aumento de los 5 octavos; y un hombre que gana 3,000 francos, sea haciendo harina, ó cualquier otra cosa, estaria realmente tan rico como si tuviese 8 mil, no habiéndose encontrado todavía los métodos perfeccionados.

M. de *Sismondi* no habia fijado bien en esto su atencion cuando escribió el pasage

siguiente: « siempre que el pedido para el consumo, dice (1), excede á los medios de producir de la poblacion, cualquiera descubrimiento nuevo en la mécanica ó en las artes, es un beneficio real para la sociedad, porque la suministra un medio de satisfacer necesidades existentes. Y por el contrario, siempre que la produccion alcanza á cubrir plenamente el consumo, cualquier descubrimiento semejante es una calamidad, puesto que no agrega al goce actual de los consumidores mas que la facultad de gozar por menor precio, al paso que suprime el recurso que tenian para vivir los productores; siendo odioso compensar la ventaja de la existencia con la de la baratura."

Es claro que M. de *Sismondi* no aprecia bastante las ventajas de la baratura, ni percibe que lo que se gasta de menos en un producto, puede gastarse de mas en otro, principiando por los mas indispensables.

Hasta ahora no se puede señalar qué inconveniente haya en la invencion de los molinos de harina; y se descubre la ventaja de una disminucion en el precio del produc-

---

(1) *Nuevos principios de economía política*, tom. II, pag. 317.

to, que equivale á un aumento de renta para todos los que hacen uso de ellos.

Pero este aumento de renta que se proporciona á los consumidores, está tomado, dicen, de los beneficios de 19 infelices que el molino ha dejado sin trabajo. Yo lo niego. Los 19 trabajadores se quedan con su fondo de facultades industriales, con la misma capacidad, la misma disposicion al trabajo que tenian antes. El molino no les pone en la necesidad de quedarse sin ninguna ocupacion, sino en la de escoger otra. Muchas circunstancias hay que traen iguales inconvenientes, sin compensarlos con el mismo beneficio. La moda que se acaba; una guerra que tapa una salida; un ramo de comercio que muda de curso, hacen cien veces mas daño á la clase fabril, que cualquier nuevo método económico que pueda descubrirse.

Supongo que se insista todavía y se diga que los 19 trabajadores vacantes, aun suponiendo que encontrasen al momento capitales para dedicarse á otra nueva industria, no venderían sus productos, porque de este modo tomaria aumento la masa de los productos de la sociedad, y no lo tomaría la suma de sus rentas. ¿Se ha olvidado, pues, que las rentas de la sociedad quedan aumen-

tadas por el hecho mismo de la produccion de los 19 trabajadores nuevos? El salario mismo de su trabajo es la renta que les permite adquirir el producto de su trabajo, ó permutarle por cualquier otro producto equivalente, como lo dejo ya bastante probado en mis cartas precedentes.

No queda, pues, rigorosamente hablando, otro inconveniente que la necesidad de mudar de ocupacion. Luego los progresos que se hacen en algun género determinado, son favorables á la industria en general. El aumento de rentas que le resulta á la sociedad de un ahorro en sus gastos, se emplea en otros obgetos. A los 19 hombres que hasta entonces habian molido grano, les queda cerrada una sola ocupacion, al mismo tiempo que se les abren otras cien ocupaciones nuevas, ó las encuentran en la extension que toman las ocupaciones antiguas. Yo no quiero otra prueba de este supuesto, mas que el aumento que sucesivamente han experimentado la poblacion y las labores de todos los lugares en que se han perfeccionado las artes. El mucho hábito que tenemos de ver los productos de las artes nuevas, no nos deja reparарlos; pero si los antiguos habitantes de Europa pudieran volver á vivir con nosotros;

¡cuánta no sería su sorpresa! Figurémonos por un instante que algunos de los mas ilustrados entre los antiguos, como un Plinio ó un Archimedes vinieran á pasearse á una de nuestras ciudades modernas; pensarian hallarse rodeados de prodigios. La abundancia de nuestros cristales y de nuestros vidrios, la multitud y tamaño de nuestros espejos de vestir, nuestros reloges de sobremesa y de faltriquera, la variedad de nuestros tegidos, nuestros puentes de hierro, nuestras máquinas de guerra, nuestros navíos etc, les sorprenderían mucho mas de lo que cabe en toda expresion. Si entrasen en nuestros talleres, ¡qué multitud de ocupaciones no encontrarían de que no tuvieron la menor idea! ¿Pudieran imaginar siquiera que en Europa 30,000 hombres trabajan todas las noches en imprimir gacetas, que se leen por la mañana tomando té, café, chocolate ú otros alimentos, tan nuevos para ellos como los mismos papeles de noticias? Pues no dudemos, amigo mio, que si va adelante la perfeccion de las artes, como no puedo menos de pensar; es decir, si todavía producen mas por menos coste, dentro de algunos siglos nuevos millones de hombres producirán cosas que si pudiésemos ver-

las, nos causarian la misma sorpresa que suponemos experimentarian Archimedes y Plinio, si volvieran ahora á la vida. Tengamos cuidado, nosotros los que investigando la verdad embadurnamos papel, de que si nuestros escritos llegan á nuestros descendientes, el miedo que nos meten los adelantamientos actuales de las artes que habran ellos mejorado muchísimo, podrá parecerles muy ridículo. En cuanto á los operarios de su pays de usted, tan mañosos y tan miserables al mismo tiempo, nuestros descendientes los mirarán tal vez como á personas obligadas para ganar su sustento á baylar por la maroma con un enorme peso colgado de sus pies. Leerán en la historia, que para que pudieran continuar baylando, cada dia se discurrian nuevos arbitrios, excepto el único eficaz, que era aliviar á sus pies del peso; y entonces nuestros descendientes, cansados de burlarse de nosotros, quizás nos mirarán con compasion.

He dicho que un adelantamiento inopinado en las artes podia tener inconvenientes pasageros; y por fortuna los que acompañan á la introduccion de los métodos abreviados, se mitigan por ciertas circunstancias, de las cuales algunas han sido ya

observadas, y otras no se han conocido todavía. Se ha dicho (y usted mismo conviene en que esta circunstancia sola podia salvar el inconveniente) se ha dicho que la baratura que resulta de la adopcion de un método económico, fomenta el consumo en tanto grado que la misma produccion ocupa mas gente que antes; asi como se ha observado en el hilado y tegido del algodon. Yo añadiré á esto, que al paso que se multiplican las máquinas y los medios expeditos, se hace mas dificil el descubrimiento de otros nuevos; especialmente en un arte antiguo y que ya tiene sus operarios formados. Las máquinas mas sencillas son las primeras que se han presentado, y las mas complicadas han venido despues; pero á proporcion que van complicándose, es mas costoso su establecimiento, y exigen para su confeccion mas trabajo de obreros, el cual indemniza en parte á esta clase de los que pierde por el empleo del nuevo método. La complicacion y subido coste de una máquina son obstáculos que entorpecen el pronto uso de la misma: por egemplo, la máquina de tundir los paños mediante un movimiento de rotacion, ha costado al principio de 100 á 120 mil reales: muchos fabricantes no se

encontraron desde luego con esta cantidad disponible; otros dudaron y aun dudan para comprarla, hasta ver mas fijamente confirmado el suceso. De esta lentitud en la introduccion de las máquinas nuevas resultan salvados casi todos los inconvenientes. Ultimamente confieso á usted que casi siempre he visto en la práctica meter mas miedo las máquinas nuevas que hacer daño: en cuanto al bien real y permanente que hacen, no cabe la menor duda.

M. de *Sismondi* pone en cotejo lo que sucedería si cien mil calceteras con sus agujas, y mil operarios armados de un telar de medias, fabricaran, cada cual por su lado, diez millones de pares. El resultado que saca en este último caso, es que los consumidores de medias no economizarian mas de dos reales en cada par, y no obstante una fabricacion que alimentara á cien mil operarios, ya no podria sustentar mas que á mil y doscientos. Pero para llegar á este resultado establece supuestos que no son admisibles.

A fin de probar que los consumidores no pagarían por las medias sino dos reales menos, supone que los gastos de produccion, en el primer caso, serian los siguientes:

40 millones, en la compra de la materia primera;
160 millones, del salario de cien mil operarios, á mil y seiscientos reales cada uno, de los cuales 160 se distribuirian entre los operarios.

Tot. 200 millones.

Y en el segundo caso, figura los gastos del modo siguiente:

40 millones, en las materias primeras;
120 millones, de intereses del capital fijo y beneficios de los empresarios;
8 millones de los intereses del capital circulante;
8 millones para compostura y renovacion de las maquinas;
4 millones del salario de 1200 operarios.

Tot. 180 millones, de los cuales quedan á los operarios solos 4 en lugar de 160.

Yo veo pues en este gasto 120 millones por intereses del capital fijo, y beneficios de los empresarios, lo que supondría en unas empresas capaces de ocupar á 1200 operarios

y de rendir 15 por 100 de sus capitales, un capital total de 800 millones; suposicion ciertamente extravagante.

Un operario no podria trabajar en dos telares á un tiempo; y asi mil operarios reclamarian el empleo de mil telares. Un buen telar de medias cuesta 1400 reales; y por consiguiente los mil telares costarian 2,400,000 reales. Admitimos que los intereses y beneficio de los empresarios en este capital, fueran de 15 por 100; lo que seria muy decente, porque si rindiera mas una industria comun, muy pronto por la concurrencia quedaria reducida á este rédito: y siendo esto asi, no encontrarémos mas que 220,000 reales en lugar de 120 millones de la partida de intereses y beneficios de los empresarios.

Ygual observacion recae sobre los 8 millones de gastos de composturas y conservacion de las máquinas; porque cuando en vez de reparar los telares, se renovaran totalmente cada año, no costarian mas que 2,400,000 reales.

Tampoco el capital circulante costaría los 8 millones; porque ¿de qué se compone este, siguiendo siempre la hipótesis de M. de *Sismondi*? De la materia primera que figura

en 40 millones, y de los salarios que levanta á 4 millones: total 44 millones, cuyo interés á 5 por 100, es 2,200,000 reales. Pero como en esta industria puede terminarse y venderse el producto en menos de seis meses, el capital pagado por el año puede emplearse dos veces, y no costaria cada vez mas que 1,100,000 reales en lugar de 8 millones.

Todos estos gastos reunidos no forman todavia mas que la suma de 48,220,000 reales en lugar de 200 millones, que admitiendo las bases de M. de *Sismondi* costarian las medias hechas con la aguja. Estoy distante de creer que pudiera ser tan grande la economía, porque si el autor ha exagerado muchísimo el capital de las máquinas, ha atribuido á estas tambien excesiva eficacia, suponiendo que por medio de ellas 1200 operarios harian tanto como cien mil; pero digo que si fuera tal la economía de esta produccion, el bajo precio de las medias ó de cualquier otro vestido que se pudiera hacer del mismo modo que las medias, favorecería tanto su consumo, que en vez de ver los cien mil operarios que se suponen empleados en hacerlas, reducirse á 1200, se les veria problablemente ascender á 200 mil.

Y si el consumo de este objeto en particular no soportara esta multiplicacion excesiva de un mismo producto, la demanda se aumentaria con respecto á otros: porque tenga usted cuidado, en que despues de la introduccion de las máquinas, se encuentran siempre en la sociedad las mismas rentas, esto es el mismo número de trabajadores, la misma suma de capitales y las mismas tierras. Con que si en vez de consagrar, de esta masa de rentas, 120 millones cada año á hacer medias, no se necesita gastar, por medio de los telares, mas que 48, los 72 millones restantes son aplicables á otros consumos, no siéndolo á la extension de aquel mismo.

Hé aqui lo que enseñan los principios, y lo que se halla confirmado por la experiencia. Los trabajos que padece la poblacion de la Inglaterra, y de que se lamenta M. de *Sismondi* con el acento de un filantropo verdadero, dimanan de otras causas: dimanan principalmente de sus leyes sobre los pobres, y conforme tengo ya insinuado, de una masa de impuestos que hace excesivamente costosa la produccion; en tal modo que terminados los productos, una parte muy grande de

los consumidores no gana bastante para llegar al precio que está uno obligado á pedir por ellos.

CARTA QUINTA.

Muy señor mio: al leer los *Principios de economía política* de usted, el primer obgeto que debió fijar mi atencion, era esa grave enfermedad que aflige actualmente al linage humano, no dejándole vivir de sus productos. Aunque siguiendo el buen orden de las ideas, debiera preceder al examen de este accidente, una discusion acerca de la naturaleza de las riquezas, para ayudar al espíritu á comprender todos los fenómenos relativos á su formacion y á su distribucion, no he pensado que debia principiar por ella, en cuanto á lo que parece interesar mas particularmente á los que cultivan la economía política como ciencia, y sin mira ninguna á las aplicaciones. Con todo eso, no podré soltar la pluma sin haber manifestado á usted mi opinion acerca de este punto: mayormente autorizándome á hacerlo la noble franqueza con que recomienda usted las discusiones que contribuyen á la ilustracion del público. « Es de desear, dice usted (en la « pag. 4), que aquellos que mira el público

« como jueces competentes, convengan en « las proposiciones principales." Por esta misma razon deben entenderse con toda la perfeccion posible.

Usted reprueba, por demasiado vaga, la definicion que da de la riqueza milord *Lauderdale*, diciendo que es *todo aquello que el hombre desea como pudiendo serle útil ó agradable*; y en mi juicio tiene usted mucha razon. Busco despues la definicion que cree usted que debe substituirse á esta, y advierto que da usted el nombre de riquezas á todos los obgetos *materiales* que son necesarios, útiles ó agradables al hombre (pág. 28). La única diferencia que encuentro en estas dos definiciones, está en la palabra *material*, que añade usted á la de milord Lauderdale; y si he de decir lo que siento, esta palabra no me parece conforme á la realidad.

Usted debe presumir mis razones. El descubrimiento grande de la economía política, y lo que la hace una ciencia preciosa, es el haber demostrado que pueden crearse las riquezas. Con esto ha podido el hombre aprender lo que se necesita para adquirir los medios que tanto apetecen todos de satisfacer sus deseos. Pero, como ya dejo ob-

servado, excede á la capacidad del hombre el añadir un solo átomo á la mása de las materias de que se compone el mundo. Y asi no hay medio: si el hombre créa riqueza, la riqueza no es materia: porque el hombre, por medio de sus capitales y de sus tierras, solo puede mudar las combinaciones de la materia para darla utilidad; y la utilidad es una calidad *inmaterial*.

No he acabado todavía, amigo mio; temo que la definicion de usted no contenga el caracter esencial de la riqueza; y para apoyar mi concepto, permítame usted entrar en alguna otra explicacion.

Todo el mundo ha observado con *Adam Smith*, que un vaso de agua siendo cosa preciosísima cuando hay sed, no era una riqueza; y con todo eso es un obgeto material; es necesario, util ó agradable al hombre; le comprenden todas las condiciones de la definicion de usted, y no es riqueza. A lo menos no es aquella riqueza que nos proponemos estudiar y sirve de principal obgeto á su libro de usted. ¿Qué le falta, pues, para serlo? tener valor.

Hay cosas, pues, que son riquezas naturales, y preciosísimas para el hombre, sin ser riquezas de que puede ocuparse la eco-

nomía política. ¿Puede acaso esta aumentarlas? ¿Puede consumirlas? No; porque siguen otras leyes distintas de las suyas. Un vaso de agua está sometido á las leyes de la física; el afecto de nuestros amigos, la reputacion que gozamos en el mundo, dependen de las leyes de la moral, y no estan sugetos á las de la economía política. ¿Y cuáles son las riquezas de que entiende esta ciencia? Aquellas que son susceptibles de creacion y de destruccion, de *mas* y de *menos*; y por último ¿qué cosa son este *mas* y este *menos*? Valor.

Usted mismo se vé obligado á confesarlo en varios lugares de su obra. Dice usted (en la pág. 340): « parece, pues, que la riqueza de una nacion depende, en parte, de la cantidad de los productos obtenidos por su trabajo (depende de estos enteramente); y en parte, de adaptar su trabajo á las necesidades y á las facultades de la poblacion, con el obgeto de dar valor á sus productos. » En la página siguiente, confirma usted esto mismo de un modo mas positivo. Despues de haber entrado en la cuestion, confiesa usted « ser evidente que en el estado actual de las cosas, el valor de las mercaderías..... puede considerarse como la única causa de

la existencia de la riqueza.» De este modo, ¿debia echarse de menos en la definicion de usted una condicion tan esencial como el valor?

Ni esto basta: tendríamos una nacion imperfecta de la naturaleza de las riquezas, si no llegaramos á fijar el significado de esta palabra *valor*. ¿Acaso para poseer grandes riquezas, bastaria estimar en mucho los bienes que poseemos? Si yo he mandado construir una casa que me parece admirable, y se me antoja apreciarla en 400,000 reales, ¿tendré realmente, en razon de esta casa, la riqueza de 400,000 reales? Una persona á quien queremos mucho nos hace un regalo, el cual por esta razon nos parece de un precio inestimable: ¿síguese de eso que el regalo nos deje inmensamente ricos? Nadie lo pudiera pensar. Luego para que cierto valor sea una riqueza, se necesita que sea un valor *reconocido*, no solo por el poseedor, sino tambien por cualquier otra persona. ¿Qué prueba irrecusable puede darse, pues, de que un valor está *reconocido*, sino es la de que para tenerlo, se prestan otros hombres á dar en cambio cierta cantidad de otras cosas dotadas de valor? No obstante el aprecio de 400,000 reales que hubiere yo

hecho de mi casa, si me es imposible encontrar uno que por tenerla quiera dar mas de 200,000 de las monedas que llamamos un real, no podré decir que ella vale 400,000 reales: su valor efectivo será 200,000; y asi no tendríamos con la casa otra riqueza que 200,000 reales, ó todo lo que puede tenerse por la suma de 200,000 reales.

Por esta razon Adam Smith, (1) despues de haber observado que hay dos especies de valores, y de haber llamado, con bastante impropiedad á mi parecer, al uno *valor usual*, y al otro *valor permutable*, se desentiende completamente del primero, y en todo el discurso de su obra se ocupa únicamente del *valor permutable*. Esto mismo ha hecho usted, amigo mio, (2) esto mismo ha hecho M. *Ricardo*, lo he hecho yo, y lo hacen todos, por la justa razon de que no hay ningun otro valor en economía política; porque este solo está sugeto á leyes fijas, y él

(1) Libr. I, cap. 4.

(2) « Es evidente, pues, que el valor de las mercaderías, es decir, *el sacrificio que para obtenerlas en cambio se prestan á hacer las gentes, sea en trabajo, ó en cualquier otro artículo, etc.*" *Malthus :* Principios de economía política, pág. 341 de la edicion inglesa.

solo se forma, se distribuye, y se destruye siguiendo reglas invariables, que pueden ser el obgeto de un estudio científico. Por una consecuencia necesaria, no siendo el precio de cada cosa, sino su valor permutable estimado en moneda, no hay precios corrientes en economía política: lo que *Smith* llama *precio natural*, nada tiene de mas natural que todo lo demas, que son los gastos de produccion, el precio corriente de los servicios productivos.

No quiero disimular que tiene usted un auxiliar respetable y poderoso en M. *Ricardo*. No estaba este de acuerdo con usted en la cuestion de las salidas, y ahora le acompaña en la de los valores; pero á pesar del aprecio recíproco, y de las íntimas relaciones que tengo con él, no me he detenido en rebatir sus razones, (1): porque la pasion que nos domina al uno y al otro, y me atreveré á decir que á usted tambien, es el amor del bien público y de la verdad.

Aqui estan las palabras de M. *Ricardo*: « El valor se diferencia esencialmente de las

(1) Véanse las notas que he añadido á la traduccion francesa de los *Principios de economía política* de M. *Ricardo*, publicada por M. *Constancio*.

riquezas; porque no depende de la abundancia (de las cosas necesarias ó agradables), sino de la dificultad ó de la facilidad de su produccion. El trabajo fabril de un millon de personas producirá siempre el mismo valor, y no producirá siempre la misma riqueza. Por medio de máquinas mas perfectas, de una habilidad mas egercitada, de un trabajo mejor repartido; por el hallazgo de nuevas salidas que proporcione cambios mas ventajosos, puede un millon de personas producir dos ó tres veces mayor cantidad de cosas *necesarias ó agradables*, que no podria producir en otra situacion social; y sin embargo nada añadirán á la suma de los valores (1)."

Este argumento fundado en hechos que no se disputan, parece cuadrar perfectamente al sentido que usted sostiene. Trátase de saber cómo estos hechos confirman, en vez de debilitar, la doctrina de los valores; la doctrina que establece que las riquezas se componen del valor de las cosas que uno posee, reservando esta espresion

---

(1) *Principios de economía política*, de M. *Ricardo*, 2 edicion inglesa, cap. 20.

de *valor* á los únicos valores reconocidos y permutables.

Porque en efecto, ¿qué es el valor sino esta calidad susceptible de aprecio, susceptible de *mas* y de *menos* que se encuentra en las cosas que uno posee? Esta calidad es la que nos proporciona obtener en cambio de las cosas que tenemos aquellas que necesitamos. Este valor es tantó mas grande, cuanto se puede obtener con la cosa que tenemos, una *cantidad* mayor de la cosa que deseamos. Y asi cuando necesito cambiar un caballo que poseo, por trigo que he de menester, es decir, cuando me conviene vender mi caballo para comprar trigo, si mi caballo vale 3,000 reales, tengo un valor doble para emplear en trigo que si mi caballo valiera 1500 solamente; tendré doble cantidad de fanegas de trigo, y al mismo tiempo esta porcion de mi riqueza será doble mayor. Mas como el mismo raciocinio puede generalmente aplicarse á todo cuanto poseo, se sigue que nuestra riqueza se gradúa por el valor de las cosas que poseemos: consecuencia que nadie pudiera rechazar con razon.

No puede usted negar tampoco, que tanto mas rico es uno, cuanto mayor cantidad po-

seyere de cosas agradables y necesarias para el consumo, *cualquiera que sea por otra parte su valor*. Convengo en eso efectivamente; pero ¿no es acaso tener mas cosas que consumir, tener la facultad y poder de adquirirlas en mayor cantidad? Poseer mas riquezas, es tener en su mano facultades para comprar una cantidad mayor de cosas útiles, una *cantidad de utilidad* mas grande, extendiendo esta expresion á todo cuanto nos es necesario ó agradable. Esta proposicion nada tiene de contrario á lo que hay de real y verdadero en la definicion que M. *Ricardo* y usted dan de la riqueza. Ustedes dicen que la riqueza está en la cantidad de cosas necesarias ó agradables que uno posée: yo lo digo igualmente; pero como estas palabras, *cantidad de cosas necesarias ó agradables*, tienen un significado vago y arbitrario, que no puede entrar en una definicion bien hecha, yo las ciño por la idea de su *valor permutable*. De este modo la limitacion de la idea de utilidad está en ser igual á cualquier otra utilidad que los demas hombres se presten á dar en cambio por la que uno posee. Ya entonces hay *ecuacion*: puede compararse un valor con otro por medio de un tercero: un saco de trigo es riqueza

igual á la de una pieza de tela, cuando la una y la otra pueden permutarse por una cantidad igual de pesos fuertes. Esto es lo que si se quiere servirá de base á las comparaciones, y permitirá estimar un aumento ó una disminucion; en una palabra, estos son los fundamentos de una ciencia. No lo seria la economía política si no los tuviera, y por esta sola consideracion ha salido de la esfera de los sueños. Es esto tan esencial, que usted no puede dejar de reconocerlo, ni formar un solo raciocinio en que no lo exprese ó lo suponga: de otro modo haria usted retroceder á la ciencia, en lugar de enriquecerla con verdades nuevas.

Al paso que la definicion de usted y la de M. *Ricardo* pecan por falta de exactitud, carecen de la extension conveniente, no abrazando todo lo que constituye nuestras riquezas. ¡Cómo estarian estas ceñidas á los obgetos materiales necesarios ó agradables! ¿Y en qué estima usted nuestro talento? ¿No es un fondo productivo? ¿No sacamos rentas de él, y rentas mas ó menos grandes, asi como sacamos mayor renta de una fanega de buena tierra que de una fanega de tierra mala? Yo conozco artistas habiles sin otra renta que la que sacan de su talento

propio, y que están muy ricos. Segun usted los tales no serian mas ricos que un pinta monas.

No es posible niegue usted el que forma parte de nuestras riquezas todo aquello que tiene un valor permutable; componiéndose ellas esencialmente de los fondos productivos que poseemos. Estos fondos son ó tierras, ó capitales, ó facultades personales: los unos pueden enagenarse y no consumirse, como las tierras; los otros enagenarse y consumirse, como los capitales, y otros ultimamente pueden consumirse y no enagenarse, como el talento que perece con aquel que lo posee. De estos fondos proceden todas las rentas de que vive la sociedad; y, lo que parece paradógico aunque muy cierto, todas estas rentas son inmateriales, pues se deriban todas de una calidad inmaterial que es la utilidad. Las diferentes utilidades que resultan de nuestros fondos productivos, se comparan entre sí por su valor, al que no necesito llamar *permutable*, porque en economía política ninguno reconozco que no lo sea.

En cuanto á la dificultad que suscita M. *Ricardo*, diciendo que valiéndose de métodos mejor entendidos, puede producir un

millon de personas duplicada y triplicada cantidad de riquezas, sin producir mas valores, digo que esta dificultad desaparece; cuando se considera debidamente la produccion como una permuta en que da uno los *servicios productivos* de su trabajo, de sus tierras y de sus capitales, por *obtener productos.* Por medio de estos servicios productivos, adquirimos todos los productos que existen en el mundo; y observe usted de paso, que esto mismo es lo que les da valor; porque despues de haberlos adquirido por un titulo oneroso, no se pueden dar por nada. Y asi, puesto que nuestros primeros *bienes* son los fondos productivos que poseemos, y que nuestras primeras *rentas* son los servicios productivos que dimanan de ellos, somos tanto mas ricos, ó nuestros servicios productivos tienen tanto mas valor, cuanto *mas grande cantidad* de cosas útiles obtienen estos en la permuta llamada *produccion.* Y al mismo tiempo, como una cantidad *mas grande de cosas útiles y su mejor despacho*, son expresiones perfectamente sinónimas, los productores son mas ricos cuando los productos son mas abundantes y menos caros. Yo nombro á los productores en general, porque la concurrencia les obliga á

dar los productos por lo que les cuesta; de tal modo que cuando los productores de trigo ó de tegidos consiguen, por medio de los mismos servicios productivos, producir una cantidad duplicada de grano ó de tela, todos los demas productores pueden comprar duplicada cantidad de grano ó de tela con igual cantidad de servicios productivos, ó lo que es lo mismo, con los productos que sacan de ellos.

Esta es, amigo mio, la doctrina bien atada sin la que es imposible explicar las mas grandes dificultades de la economía política, y particularmente, cómo puede ser que una nacion sea mas rica cuando disminuyen de valor sus productos, aunque la riqueza sea valor. Usted vé que no temo reducir mis supuestas paradojas á su mas simple expresion: las presento desnudas, y las abandono á la equidad de usted, á la de M. Ricardo, y al juicio del público; pero al mismo tiempo me reservo la facultad de explicarlas si se entienden mal, y la de defenderlas con perseverancia si se las ataca injustamente.

FIN.